

### SELLAR EL PASAPORTE

Fotografía de Selma Souza - Voz das Comunidades

de Monrovia, capital de Liberia, durante una epidemia de Ébobiendo desde el Mato Grosso brasilero de cerveza. sin saber la ruta en el mapa ni en la sivisitar los museos. Desde la Repúbli- de sellar el pasaporte. Y como si fuéra- mientos y decepciones. ca Centroafricana donde el correspon- mos un medio con medios, tendremos Hemos oído hablar de se sal quemaba moño con los lugareños. un equipo de siete enviados especiales 🛮 entre Río y Medellín: favelas y comunas 👚 que ya viene Río. 🤄

la mirada de estudiantes de cine con

niverso Centro ha te- En Busan, Corea del Sur, donde nuestro a Río de Janeiro durante dos semanas. cortadas por los mismos cables, dominio corresponsales hombre se aburre caminando entre las Toda gente criada en el Antro de Reen lugares inimagina- academias de taekwondo. En las aulas dacción. Estaremos en reportería so- res, medios de transporte que se copian de San Antonio de los Baños, Cuba, con bre fútbol, baile, cocina, economía popular, crimen, literatura de barrio, un solo encuadre. Desde el Palatino, en turismo barato, proposiciones y vala. Narrando desde Orocué la vida de Roma, cuando un adolescente vertido rios. El viaje hace parte de un proyecto los menonitas gringos que llegaron hu- de punk roba con cuidado algunas án- de intercambios periodísticos que hayendo de México. Pedaleando y escri- foras luego de quebrar varias botellas remos junto a la gente de Voz das comunidades, un medio comunitario Todos esos viajeros arriesgados y con gran audiencia en la favelas. Seguiente página. Conociendo Moldavia generosos voltearon y escribieron sin rán nuestros guías y anfitriones. Unos con buen tufo y buena mar. Así será luego de que un taxista pereirano en que esta redacción se los pidiera, pa- meses después vendrán a Medellín a nuestro próximo número para botar Madrid le recomendara su capital. To- gara o insinuara. Fueron y contaron mirar y contar algo de nuestros afamando fotos en Sudán a donde nuestro por su cuenta, como lo han hecho otros nes, miedos, gustos, humos. De esos tores. Solo aseguramos trasnocho y enviado llegó cuando ya había pasa- tantos corresponsales de este periódi- encuentros saldrán periódicos, expo- calle. Por ahora los dejamos con el prido el horror de 2004 y ya era hora de co parroquial. Pero ha llegado la hora siciones, canciones. Habrá deslumbra-mer número del 2025, mojen los labios

ilegal en las lomas y operativos militade una ciudad a otra, literatura de acera.

Nuestra redacción ha sido más del Centro que del universo. Esperamos traer desde Río un número completo con historias que revelen sin estridencias, páginas con arena y mugre, evitando hasta donde sea posible el tono de agencia de viajes, crónicas el capote en compañía de nuestros leccon todo lo que tiene el 143, encuadren los ojos y terminen esas páginas

### DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

Juan Fernando Ospina

### EDICIÓN

- Pascual Gaviria

### **ASISTENCIA EDITORIAL**

Laura Almanza

### **COMITÉ EDITORIAL**

- Fernando Mora Meléndez – David Eufrasio Guzmán
- Maria Isabel Naranjo

- Andrea Aldana
- Santiago Rodas
- Simón Murillo

### PRODUCCIÓN EJECUTIVA

- Estefanía Carvajal

- Sandra Barrientos **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN** 

- Manuela García

### **CORRECCIÓN DE TEXTOS**

- Gloria Estrada

### **COMUNICACIONES**

- Emmanuel Villa

Laura Almanza

### **MONTAJE WEB**

Esta es una publicación de la

Corporación Universo Centro

#### Distribución gratuita Número 143 Marzo 2025 Versión impresa - 10 000 ejemplares



centro universocentro.com.co

Puede enviar sus colaboraciones a: universocentro@universocentro.com

## UNA ELEGANCIA DESPIADADA

por PASCUAL GAVIRIA

lugar y la gran mayoría de los intentos poéticos suelen terminar en la caligrafía, la mecanografía o la más peligrosa grafomanía. Los poetas primerizos o fallidos nunca agradecerán los antídotos contra los peligros del sentimentalismo, contra los arrebatos de genialidad o la incontinencia verbal. La poesía es una trampa que expone a muchas víctimas. Una jaula para el escarnio. Pero el papel, la tinta y los ojos de posibles lectores sí aprecian la selección natural que impida una epidemia de poetas perversos e impunes.

El mejor medicamento contra esa posible proliferación lo escribió Wislawa Szymborska, poeta polaca que recibió el Nobel de literatura en 1996. La colección de respuestas a los corresponsales y posibles colaboradores que enviaban sus manuscritos al semanario Vida Literaria, que se publicó desde finales de los cincuenta por cerca de veinte años, son el mejor ejemplo de que es posible una cruel sabiduría. Szymborska hacía parte del consejo de redacción y era la encargada de la sección llamada Correo Literario. La "correspondencia", reunida en un libro, es un catálogo de principios poéticos y una lección de humor, sinceridad y rigor. Esos rechazos sí tienen de verdad el filo que se dice obligatorio para el poema. Cartas abiertas escritas con el cortaplumas. Intentaré aquí una pequeña colección que atice la risa y la curiosidad.

Los redactores dejan claro en sus respuestas, incluso de manera directa, que lo de ellos no es la cortesía. Por buecon la proverbial amabilidad china... Ellos sí que sabían, tiempo atrás, antes de la revolución cultural, responder a poetas no demasiado talentosos. La respuesta era algo así: 'Si se publicaran sus poemas, su deslumbrante luz haría palidecer toda la literatura y otros autores que la cultivan se darían dolorosa cuenta de su nulidad...".

Queda claro entonces por qué la revista describe a los destinatarios de sus respuestas como condenados y a las réplicas como ejecuciones. No hay ningún temor a herir a los poetas a pesar de sus posibles tendencias al drama: de nosotros fue capaz de descifrar sus choques a su paciente.

ucho se ha repetido manuscritos, que al principio tomamos la idea según la cual por poemas. Tan solo en la farmacia el futuro de los poetas sin futuro, "preconsiguieron hacerlo. Los medicamentos se pueden recoger en la secretaría de provecho, al margen de la protecde la redacción". La ortografía tam- ción de las musas. Según tenemos notibién tiene su paredón de fusilamiento: "Su poema, de momento, carece de ac- no son de fiar". El poeta soñador debe tualidad. Seguimos escribiendo: jinete, hormiga, hallé. Si en la ortografía se producen cambios beneficiosos para usted, se lo comunicaremos, sin falta, Las lecciones de fondo llegan cuan-

do los prospectos intentan ser poéticos a toda costa, "porque lo poético es aburrido y secundario" y la poesía debe nutrirse de las vivencias propias y los pensamientos autónomos. En el remate de esa respuesta viene el duro golpe de esperanza: "Usted tiene 24 años y 30 millones de compatriotas que esperan saber, con el corazón en un puño, qué puede contarles de sí mismo". Para los que escriben versos de otros siglos, los intoxicados por alguna novela del siglo XVIII, entregan el consuelo de un posible empleo: "Si tuviéramos un castillo y las posesiones aledañas, desempeñaría usted el cargo de poetisa de la corte...". A un enamorado de su vecina y de la rima le hace el Correo Literario una escueta recomendación: "iIntente usted enamorarse en prosa!". La primavera traía siempre esas duras cosechas, tiempo en que "crueles muchachas dejan a unos poetas por otros".

La selección natural es despiadada con los prospectos de escritor. No hay conocimiento técnico posible para los escritores, a diferencia de los que pueden lograr los músicos y los pintores en el conservatorio o la academia de artes: "Es el oficio menos profesional de todas las actividades artísticas". Se puede lograr a los veinte o a los senos modales que tenga al soltar la gui- tenta, siendo bachiller o catedrático. llotina, la tarea del verdugo será dejar El acento, según ese consejo de redacuna cabeza en la canasta: "...es cierto ción encargado de separar la paja del que no siempre emitimos nuestro juicio trigo, está en un lugar muy caprichoso: "El camino al Parnaso está abierto para todo el mundo. En apariencia, claro está, porque, a fin de cuentas, lo que decide aquí es la genética".

La bondad es siempre una mala consejera en asuntos de escritura, tan peligrosa como la felicidad. Hace todo un poco blando, alentando el tedio y la desconfianza. El Correo Literario se encarga en este caso de contemplar a la mujer y agraviar a la poeta: "Es usted una persona demasiado franca y cándida para escribir bien. En las entrañas de un escritor de talento se arremolinan los más diversos demonios. E in-"No somos partidarios de la cría en in- cluso si antes o después de escribir se vernaderos de retoños literarios". Se encuentran adormecidos, durante la escomienza por la crítica caligráfica, está critura tienen una frenética actividad". bien que los poemas sean malos pero En ocasiones las respuestas tienen el al menos deben ser legibles: "Ninguno tono del terapeuta que le pone electro-

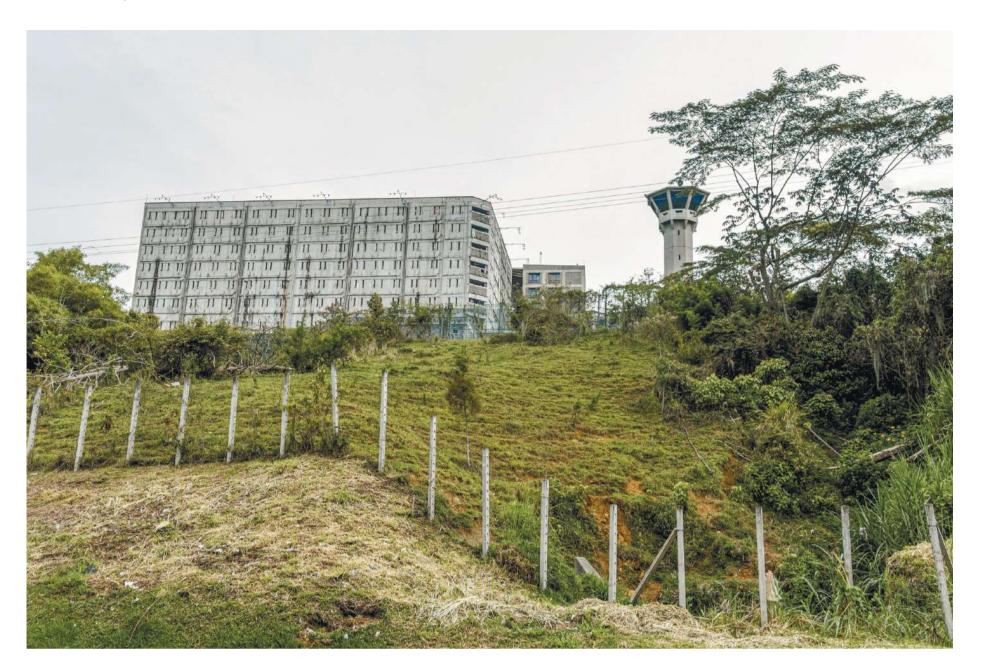
Muchas veces la revista apuesta por de Consuelo Montero. "Sería interesante saber si la redacción de algún semanaocúpate también de conseguir un oficio rio español ha recibido poemas de una verdadera Consuelo Montero que desee publicarlos con el exótico seudónimo de cia, son unas histéricas y las histéricas Marysia Nowak. Eso sí sería un auténtico intercambio cultural, ¿verdad? No desabrocharse las alas; el melancóliobstante, aún es pronto para empezar a publicar. Que las dos señoritas sigan traco, esculcar un día feliz en el calendario; el innovador, recordar que la poesía bajando duramente y sean pacientes". es un juego con reglas; el grandilocuente, buscar palabras de menor denominación... Ah, las poetas con crisis de

identidad nacional son reprendidas en

un idioma universal. Una corresponsal

Al final queda una lección sencilla, "el talento no es un fenómeno de masas...", e individualmente eso puede tener las peores consecuencias: "Díganme si mi prosa revela talento'. Sí, revela. pidió que en caso de ser publicados sus Pero por suerte para usted todavía sin poemas aparecieran bajo el seudónimo consecuencias penales".©





# CRÓNICA EN BUSCA DE UNA SENAL DE VIDA

CARTAS DE LARGA DISTANCIA

DOT CAROLINA CALLE VALLEJO • Fotografías de Jacqueline Gutiérrez y Carolina Calle Vallejo

alí de la prisión de Mejer en el norte de Colombia. No pude enviarla por correo postal porque me pedían la nomenclatura del hogar y un número telefónico. La remitente perdió el contacto con su madre llevar puesto en el penal a una persona desde su captura. Dina me contó que su casa natal no

la prisión me habló rápido y con deses- carretera desde Medellín. pero. Tenía una carta atragantada que no podía escribir. Me ofrecí para escribir Sus palabras salieron juntas, pegadas, con desasosiego, como si llevara mucho tiempo sin pronunciarlas.

dellín con una carta en- con las cejas gruesas, el pelo negro retre manos y la misión de cogido con una moña. Se notaba con hacerla llegar a una mu- fuerza en los brazos y en la mirada. Tenía un par de cicatrices, una en la mejilla y otra en el corazón que me mostró en medio de una conversación. Vestía el uniforme color caqui que le obligan a

Aunque no tenía las coordenadas tenía electricidad, que la comunica- exactas, me dio el nombre del pueblo traer señales de vida. ción con su familia dependía de un ce- donde debía encontrar a la destinataria lular. Supuso que se dañó y que no hubo y algunas pistas. Nos separaban más de cómo mandarlo a reparar. En un aula de 470 kilómetros, más de once horas por

Esa correspondencia que me dictó la lanzó como una botellita en mar abierto. esas letras que tuviera en la cabeza, en Quedó con una pizca de esperanza, pero el corazón, en la punta de la lengua, en consciente de las imposibilidades de una el puño de la mano. Tomé nota de su voz. entrega. Era una verdadera carta de larga distancia. Recordé una frase que leí en un epistolario del escritor Franz Es demasiada incertidumbre para mísola,

A Dina la recuerdo alta y grande, carta a una dirección dudosa, ya no es una carta, más bien es un suspiro".

Aunque yo no era la remitente, había algo mío entre líneas. Su historia atravesó mi cuerpo. Intuí que esta misiva nunca llegaría si no iba personalmente. Se convertiría en un suspiro, en un impulso fallido. Tenía que cerciorarme de que llegara a buen puerto porque conocía el adentro. Por eso, armé mi maleta y salí de casa con el anhelo de poder llevar y

"Tengo tanto por preguntarle, por contarle. Llevo mucho sin saber de usted. La última vez fue cuando estábamos hablando y yo escuché un ruido.

Me imagino que el niño dejó caer el celular y que se dañó porque desde entonces no sé nada de nada. Nadie me contesta y tampoco recibo llamadas.

No se imagina la angustia que siento. Kafka: "Y nada más triste que enviar una sin saber cómo comunicarme con usted".

Después de varias horas de camino. de dejar atrás las montañas, los bostezos y el abrigo, arribé a una ciénaga. Contaba con el nombre del barrio, el número de una calle. Tenía un par de indicaciones: "Cerca de una estación de gasolina", "la casa es de palitos y el techo de lata".

Llegué a la hora de la siesta. Después del almuerzo, debajo de un sol agudo y atento. Las motos pululaban. Compré la prensa local. El informativo del pueblo tenía en la portada las fotografías de un par de víctimas. Una recibió un disparo, otra perdió la vida en un accidente de tránsito.

Puse el nombre del barrio en una aplicación del celular. Llegué a la cima de un puente con las mejillas sudorosas. Contemplé un río turbio. Tenía la textura de la nata, como si fuera un café en leche oscuro con cierto caudal.

La corriente llevaba unos pedazos verdes, unas orillas andariegas en las que garzas blancas reposaban del vuelo.

Una mototaxista me enseñó una palabra costeña, común entre pescadores y ribereños. Ese desgarre de tierra no era maleza, era una planta ambulante lla-

En el mapa aparecía como si el barrio estuviera debajo del río, como si hubiera que buscarlo en la profundidad. Pensé en el término anfibio, en esas otras formas de la vida atravesadas por el agua. En la resistencia y en el peligro. Por un instante recordé mitos y leyendas del Caribe, relatos de seres fantásticos y fluviales, mitad humanos, mitad animales, a veces con cuerpo de caimán; otras, con caparazón de hicotea. Volví a la realidad. Cambié el destino.

Puse el nombre de la estación de gasolina que Dina me dio de referencia. Allí pregunté por el barrio y me dieron algunas recomendaciones. Me sirvieron hasta que el camino se dividió en tres. Tomé la primera partida a la derecha.

—¿Cuál es el número de esta calle? —le pregunté a una mujer en la esquina. La señora se encogió de hombros. No conocía su dirección. Seguí el camino. La mayoría de las viviendas eran de madera. Unas con tejas de zinc, otras con paja.

—¿De pronto conocen a una señora llamada Edilma? —interrumpí el juego de unos niños. Me respondieron alzando las cejas y moviendo el rostro de derecha a izquierda. Continué la marcha.

–¿Cuál es la calle 26?

—iEsa calle está ahogada! —exclamó un señor desde una mecedora. Las vías no tenían pavimento. Una calle ahogada era un camino inundado, intransitable, inhumano.

—Buenas, ¿de pronto sabe dónde vive la mamá de una mujer llamada Dina? —indagué en un granero.

—Nada —dijo una joven mientras colgaba un racimo de plátanos verdes.

Ni con el número de la calle, ni con el nombre de la madre ni con el de la hija. Me sentía en un laberinto sofocante. La temperatura y la impotencia subían. El sudor y la esperanza bajaban.

-¿Sabe dónde vive la familia Ricardo? —intenté con el apellido de la mamá. —¿Ricardo?, ¿uno gordo?

—No, me refiero a la familia Ricardo, a doña Edilma Ricardo.

—Ah... Yo no sé, doña —contestó confundido un señor.

Un camión repartidor de gaseosas estaba estacionado en una esquina.

—¿Dónde estamos? ¿Cuál es esta dirección? —tampoco recibí respuesta. Me advirtieron que simplemente iban de tienda en tienda

En cada cuadra sonaba un acordeón o un bajo estridente. Sin embargo, la banda sonora de esta búsqueda no era un vallenato ni una champeta, era más bien un bullerengue, una tambora como un pálpito acelerado, un grito, un lamento, un llamado sin respuesta. Sabía que era un caso difícil.

dicho del cáncer? Me da hasta susto pre- nis se me hundieron en un fango. Con guntar y no tener ninguna respuesta. ¿A qué número puedo llamarla?, ¿dónde puedo encontrarla?".

tuviera muerta. Por un momento pensé en visitar el cementerio del pueblo. De pronto allí tendría más información. Buscaría una lápida, un epitafio, una fecha, su nombre, algún dato para llevar de vuelta.

Pero no. Me resistí a creer en ese final. No me imaginaba volviendo a la prisión con malas nuevas, pero tampoco con las manos vacías. El tiempo corría y el sol empezaba a esconderse. Aún quedaba luz para seguir buscando. Una señora me indicó cómo volver a la estación de gasolina para empezar de nuevo.

Llegué al punto en el que el camino se trifurcaba. Ya me había perdido por la derecha, también por la izquierda. Esta vez me metí por el centro. Pasé por una cancha de fútbol que se convirtió en un potrero. Las vacas y los terneros podaban el pasto. Un matorral crecía alrededor de un arco oxidado.

—Estoy buscando a una mujer —le comenté a un hombre sin camisa y con sombrero vueltiao.

—¿A quién busca?

—A Edilma.

—¿Una señora de edad?

Titubeé, no sabía exactamente cuántos años tenía, pero asentí. —En la esquina. Creo que es esa —

me señaló al fondo. Era el primer acierto en más de una

hora. Suspiré. Pensé: "iAy, ojalá que sí!". Pero la calle era larga y no precisé en cuál de todas las esquinas.

—¿Edilma?

—Ajá —insistí a una señora en el primer cruce que encontré.

—iAllá! —contestó.

—iNo le vaya a dar muchos tiros! dijo un vecino entre risas—. Dele cuatro

Yo tragué en seco. Sentí susto, me puse tensa, se me desdibujó la sonrisa. Algo de realidad tendría esa charla. Advertí el peligro. Era una alusión al sicariato.

¿Qué tan cotidiano es que alguien busque a otra persona para quitarle la vida?, ¿será por eso que no doy con su paradero?, ¿la estarán protegiendo?, ¿represento una amenaza?, me cuestionaba.

Para salir de esa bruma de mal agüero, pensé en Dina, en su carta, en su acento costeño:

"Yo tengo la moral muy bajita, mamá. Acá estoy pagando todo lo malo que hice. Todos los consejos que no escuché.

Le cuento que mi exmarido me dejó tirada. Nadie me visita. No me llama nadie. No tengo a nadie que me diga 'te estoy esperando' o 'te quiero mucho'.

—¿Sabe cuál es la casa de la señora Edilma? —pregunté en una de las cuatro casas que bordeaban la intersección de una calle y una carrera. La persona no respondió con su voz, pero sí me señaló con la mirada hacia el frente.

Se me aceleraron los pálpitos. Me "¿Sí la pudieron operar?, ¿qué le han acerqué a un alambrado de púas. Los teuna puerta abierta.

-iBuenas! —hablé con volumen mientras cruzaba una cerca

En la puerta apareció una señora de cabellera blanca y pecas en los pómulos, calzaba un par de chanclas y lucía un vestido color lila.

–iBuenas, doñita! —me saludó la dama con dulzura.

—Estoy buscando a la señora Edilma -anuncié con ilusión. —iHeme aquí! —respondió con asom-

bro y yo solté una carcajada y suspiré.

—¿Es usted? —insistí aún sin creérmelo atónita feliz

—iSí! —dijo curiosa y me quise derretir en ese instante para abrazar la tierra, contuve las ganas de gritar una historia, de reconstruir un camino, de nombrar a la remitente, de leer de corrido. Me callé. Debía dosificar la información, pero sobre todo la emoción.

-Mucho gusto, mi nombre es Carolina —le dije con una risita nerviosa, ella estiró su mano derecha y yo la correspondí—. Tuve la oportunidad de conocer a su hija.

—¿A Dina? —cuestionó y frunció el ceño. Su rostro pasó de la curiosidad al

—Cuénteme... —replicó mientras inhalaba y exhalaba por la boca como si necesitara aire para amortiguar una mala noticia.

—Pero no se asuste. Tranquila para atraer su calma—. Ella le mandó esta carta de amor —le mostré el sobre de bordecitos azules y rojos que contenía las palabras de su hija.

—iTanto pedir una señal de mi hija! iGracias! —exclamó mirando hacia el

Pensé en una paradoja, en el periodismo. Ese que ejercí en una sala de redacción. Recordé las instrucciones de los editores, las ansias de primicia, la intención de dar golpes de opinión, el afán del día a día, la presunción de obietividad, la ambición por ser masivo, el ánimo de lucro.

Esta historia era otra cosa. El propósito estaba en lo íntimo, lo personal, lo privado. Confirmaba que este oficio servía para algo más. Me bastaba con que esa carta atravesara rejas y fronteras, que llegara a un lugar en el que solo es noticia la muerte, que saliera de una persona a otra, que esas letras permitieran reportar la ausencia, remendar un lazo roto, volver a unir a una madre y a una hija. Se vale un periodismo al servicio del amor.

La señora Edilma entró a la casa, sacó un par de sillas, una blanca y otra verde oscura, me invitó a tomar asiento. Quedamos frente a frente.

—¿Pero ella está en la cárcel?

—Yo la conocí adentro —respondí.

—¿Cuándo sale?

—No sé. Pero no creo que falte mucho porque está juiciosa. Está apren-El techo era metálico con rocas encima, bilidad y ella me habló de usted, estaba Yvea...

Era posible que la señora Edilma es- había una ventana de madera junto a muy angustiada, me dijo que estaban in-

—Yo sé que debe estar preocupadísima, esa pelada me quiere mucho. Y yo que ahora mismo no tengo teléfono... ¿Y ella tampoco tiene?

-No, pero hay un número del establecimiento al que se le puede marcar. Está anotado en la carta. ¿Quiere que se

—Sí, por favor. Tengo la vista opaca. Usted sabe que uno viejo está más descompletado...

Abrí el sobre, saqué una página y la empecé a leer. Desde que escuchó la primera línea sus mejillas se expandieron, dejó salir una sonrisa. Reconoció a Dina en esa expresión como si fuera un san-

to v seña: "Hola, mita".

La madre escuchaba las palabras de Dina e interrumpía cuando quería responder alguna pregunta o acotar algo. En ese diálogo con la ausencia que propone la carta, Dina, después de mucho tiempo, se hizo presente:

"¿Qué ha pasado con la enfermedad?". —Bueno, estoy baja de peso, pero bien, a veces las quimios me hacen botar sangre, el doctor me mandó dos pastillas blancas. Pero tengo fortaleza, yo soy una mujer fuerte...

Cuando había un silencio mutuo, retomaba la lectura:

"En el patio a nadie le importa la vida de la otra. Tengo conocidas, compañeras de celda, pero amigas no. le sugerí v busqué la correspondencia ¿Amiga? Usted que me acompañó siempre, en las buenas y en las malas. Que nunca me dejó sola, aunque estuviera equivocada. Que me ayudó en todo. que me dio la mano hasta en la cesárea. Nunca tendré con qué pagarle lo buena que fue conmigo. Yo fui la que se desvió, la que se perdió".

—Mi hija era buena conmigo, era pendiente, me mandaba plata para que yo hiciera comidita buena. Yo le daba consejos. Le decía: "Yo tengo más experiencia porque yo estoy vieja. Ya yo conozco el mundo. ¿Por qué no me coges los consejos, mi amor? Cuidado con una mala hora. Veme, ¿qué madre quiere ver a su hija perdida?, ininguna!".

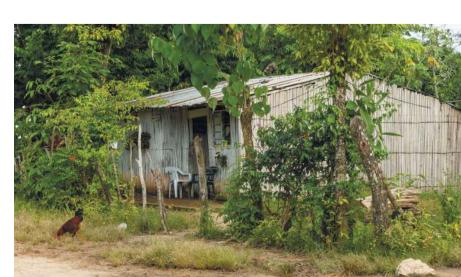
Después de una pausa, continué en

"La pienso todo el día y estoy haciendo cosas buenas por mí. Estoy estudiando: me siento todas las tardes en un pupitre, miro el tablero, le pongo atención a la profesora, alzo la mano cuando tengo preguntas; estoy aprendiendo a leer y a escribir. Voy a salir enderezada, a trabajar juiciosa cuando vuelva a mi tierra. Quiero ser mejor que la persona que entró a esta prisión. No olvide, mamá, que usted es mi botín, mi tesoro, mi amiga.

La quiero'

—iHija linda! Qué detalle tan lindo, es una señal hermosa —exclamó con la voz entrecortada y contenta—. Hoy vino mi nieto por la mañana y me dijo que había soñado con Dina, que vino sin bolso un tropiezo espanté a un gallo de color diendo muchas cosas. Yo escribo cartas y sin nada, y yo le dije: "Eso es una señal, carmín que deambulaba por la entrada. de amor por encargo. Le ofrecí la posi- algo bueno tengo que saber de mi hija".





experimentaba esta emoción tan grata. No creo, la mayoría desconocía el contenido de los sobres. Yo no. Me lo sabía casi de memoria. Era consciente de la les de vida. urgencia, de la distancia, del amor.

—¿Cómo la vio? —indagó.

—Yo la vi con energía.

-Aunque estaba muy preocupada, la noté con ánimos, con ganas de salir adelante, optimista. Las compañeras del salón me contaban que es muy emprendedora, que vende cositas en la tienda del patio: gaseosas, mecato, útiles de aseo. Ella se las arregla allá para sobrevivir.

—¿No me mandó fotos, ni nada?

—Allá no se puede tomar fotografías. Pero... Créame, yo la vi fuerte.

—¿Usted se va para Medellín cuándo?

—Ahorita. ¿Por qué?

—¿Está de carrera?

—iAy, hombe! ¿Cómo hago yo para yo quise remedarla con cariño: "iHeme aquí, doñita!".

¿Ahora o de una vez? ¿Tienes con qué escribir?

Saqué mi libreta, mi lapicero y puse manos a la obra.

—¿Qué quisiera decirle doña Edilma? —lancé la primera pregunta y empezó a pronunciarla como si se la supiera de memoria.

"Querida hija:

mientras esté viva. No creas tú que te he olvidado. No te

he olvidado ni un instante hija linda (...)". Entonó varios párrafos con pausas, acentos, intenciones como si los hubiera repasado cada noche y cada día. Al final, hasta me dictó la firma. Antes de despedirnos, me empacó una fotografía, el número del celular del nieto al que podría da en una celda de castigo. llamarla y me estampó un abrazo que

pezó a llover, salió un arcoíris en medio zo. El reglamento me permitía volver a cuentro?

Me sobrecogí. Me parecía inverosí- del paisaje. A la salida del pueblo vi, a entrar dos horas más tarde. Esperé, volmil todo. Increíble pero real. No sé si el mano izquierda, cruces, lápidas, bóvegremio de carteros en épocas remotas das, muros blancos. Era el cementerio. Lo miré de reojo y sentí cierto alivio de poder pasar de largo, de no tener que en-respuesta. Me pidió que fuera personaltrar, de llevar conmigo de vuelta seña-

No veía la hora de volver a la prisión a entregarle a Dina los encargos de su madre. Mientras gestionaba el permiso de ingreso, intenté llamarla al número del establecimiento para darle la buena nueva, digité el número de la reseña, que es la identificación de las personas privadas de la libertad en el interior. Después de escuchar voces pregrabadas, presionar teclas, esperar en la línea, la llamada se caía, se colgaba, se perdía.

Un par de semanas después obtuve la firma y el sello que me autorizaba la entrada hasta la estructura de mujeres. También, el trámite para que Dina pudiera desplazarse, salir del pabellón y llegar a mi encuentro en la biblioteca.

Presagié un reencuentro feliz cuanmandarle una carta? —me preguntó y do le contara que hallé a su madre viva. Cuando le mostrara la fotografía. Cuando le leyera la respuesta, cuando le en-−¿Me puedes hacer esa carta? tregara el número para marcarle, cuando por fin pudiera escuchar su voz del otro lado de la bocina.

Sentía ansias mientras me requisaban. Un poco de nervios cuando pasaba los controles de seguridad. Le mostré el papel a la dragoneante que hacía las veces de portera. Llamó al patio para solicitar la presencia de Dina en la institución educativa. Mientras venía, abrí mi Te quiero mucho. Siempre te querré carpeta y repasé los recuerdos, la imagen, las letras, el expediente epistolar.

No aparecía Dina. Le insistí a la guardiana. Volvió a llamar. Continuó la espera. Me parecía raro que no acudiera. Me imaginé que de pronto estaría ocupada en el expendio, la tienda del patio. Contemplé la posibilidad de que estuviera enferma en el hospital o aisla-

Se terminó la jornada de la mañame acompañó durante todo el regreso. na y no llegó. Me tocó salir a las 11:30 Cogí carretera. Minutos después em- a. m. porque es el momento del almuer-

ví a pasar puertas, túneles, escalas, requisas. La funcionaria marcó al patio de Dina y me advirtió que no le daban mente. Llegué a la portería y le pregunté a la guardiana.

—Ella no está —me respondió.

—¿Dónde está? —indagué especulando la opción de que la hubieran trasladado a otro reclusorio del país.

—De baja.

-¿Cómo así? -exclamé boquiabierta, me remití a la jerga militar e imaginé lo peor.

—Le llegó la libertad.

Abrí los ojos, empuñé las manos y respiré. Desconocía esa expresión penitenciaria. Sentí algo extraño, una revoltura. Por un lado, alegría de que Dina recuperara la libertad. Pero, por otro, desazón, por la madre. Porque ese propósito de juntarlas se desbarató. Llegué a destiempo. Tarde. Muy tarde. No podía ser. No podía creer.

No sé si el gremio de carteros en épocas remotas experimentaba esta frustración. Lo dudo. No conocían el interior. Yo sí. Era consciente de la impotencia, desilusión, tristeza que causaría en la madre cuando le informara que no fue posible la entrega. "¿Cómo le digo a la mamá? ¿Qué hago con la foto, la carta, el número?".

Regresé a la escuela a buscar algún dato de Dina. Encontré a dos compañeras de patio y una de celda. Me contaron que salió unas semanas antes. Que un día, de la nada, le otorgaron la libertad condicional. Que la vieron sa-

Cuando les compartí que traía razones de la madre, una agachó la cabeza, otra se puso una mano en la frente, la última dijo con lágrimas en la mirada: "No había día en el que Dina no intentara llamarla". Qué mala suerte no coincidir.

—¿Dejó algún número de contacto?

-No.

—¿Alguna dirección?

—Tampoco. —¿En dónde la busco? ¿Cómo la en-

Las tres se encogieron de hombros. Movieron su rostro horizontalmente con desesperanza. Solo una agregó:

—Búsquela en el Centro.

Esa frase me retumbó, parecía un chiste, pero la dijo en serio. Suspiré y aplaqué el pesimismo que me rondaba: "iPero si el Centro es inmenso!", "imposible coincidir a la misma hora, en el mismo lugar".

—¿En qué parte del Centro? —repliqué con escepticismo.

-En los bajos del metro, en el Parque de Botero, en la Plaza de las Luces, en los inquilinatos de Prado, por ahí...

Salí de la cárcel abatida, con sentimientos enmarañados: Dina estaba sola en el mundo, si no tenía ni los pasajes, ¿a dónde se fue?, ¿qué hizo cuando cruzó la última reja?, ¿alguien le habrá dado la mano?, ¿cómo fue su primera noche afuera?

Me sonó el celular. Era un número desconocido.

—Aló.

—iBuenas, doñita!

-¿Cómo está, doña Edilma? -disimulé el desánimo.

—iCuénteme!, ¿qué ha sabido de mi muchacha?

Cerré los ojos y suspiré. Me tocó decirle la verdad. Que no la encontré y que no logré entregar nada. Le pedí que siguiéramos en contacto. Podría pasar que un día cualquiera Dina llegara al pueblo y le tocara la puerta de la casa. ¡Ojalá! Sonó muy optimista de mi parte.

Le advertí que tenía algunas pistas, no muy exactas, que no sería fácil encontrarla en Medellín, capital de montañas, valle de lágrimas, territorio de paradojas eternas. Pero lo intentaría. Esa otra búsqueda de una señal de vida apenas iba a comenzar.©

\*Este trabajo periodístico se realizó y publicó originalmente en la tercera edición de #CambiaLaHistoria, proyecto colaborativo de DW Akademie y Alharaca, promovido por el Ministerio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania. Conoce el proyecto y más historias en



ahora podrás pagar a través de **Ren miles de** establecimientos comerciales del país.













# LA CALLE 101

**POT** MAURICIO LÓPEZ RUEDA • Ilustración de Jenny Giraldo García

El Socorro, en San Javier, tienda de don Humberto. Comuna 13 de Medellín. Corría el año 1988. Alplantas de flores de iluminadas. Estaba ubicada en la esquina norte de la calle los hermanos Ochoa.

Era la época del "ponte duro bongó", "avísale a mis contrarios", "cuidado en la calle, cuidado en la acera", "dile que la yerba no le deja na, que coja la coca que le deja más".

Uno de mis vecinos, Lucas Muñoz Restrepo, era hijo de alias Tyson y sobrino de alias la Quica, de modo que los sicarios del cartel de Medellín frecuentaban la cuadra y siempre le preguntaban al pelao si todo iba bien y si los res. Se ofrecían para arreglarle el jardín demás niños del barrio éramos sus amigos. Pasaban revista.

El pelao, al que yo le llevaba cuatro años, decía que sí, que todos éramos buenos con él y lo invitábamos a jugar todo el tiempo. Entonces Tyson y su hermano sacaban rollos de billetes y nos da- Ana, la señora rica de la cuadra, era el ban a cada uno una liga que a veces era que más visitaba a Doris. El man era dra, tratábamos de evitar cualquier la mujer de Tyson.

"Quién te dio esa plata Mauricio", preguntó mi madre asombrada la priquilábamos una casa de paredes blan- mera vez que le entregué los billetes. cas y con un pequeño jardín externo en Le expliqué tranquilamente lo del hijo donde mi madre sembraba centavitos y de Tyson y ella rezongó, aunque al cabo de un momento recobró la calma. Al día siguiente me dijo que le señalara la 101, frente a una de las caballerizas de casa del niño, pues quería hablar con la mamá. Y fue a conocerla.

La mamá del hijo de Tyson, Doris, vivía a unas cuantas casas de la nuestra, después de un terreno baldío muy amplio, donde los niños de la cuadra íbamos a coger guayabas y a dispararles con caucheras a los pájaros.

La mamá del hijo de Tyson era morena, de mediana estatura, muy joven y voluptuosa. Los hombres mayores de la cuadra se la pasaban haciéndole favoo la estufa o cualquier cosa que le fallara. Buscaban un motivo, por ridículo que fuera, para entrar en aquella casa y poder observar a la mujer, que se la pasaba en sudadera, *shorts* o pijamas muy cortas.

Wilmar, el hijo intermedio de doña

vía vivíamos en el barrio saban de las cuentas acumuladas en la che. A veces salía con ella a bares y dis- era difícil porque Lucas era realmencotecas, y por algún motivo, a Tyson nunca se le pasó por la mente pegarle un tiro. A Lucas no le gustaba hablar de esa relación con nosotros.

Doris era una de las tantas novias de Tyson. Se habían conocido en una taberna en Robledo. Ella era consciente de no ser la exclusiva del matón. Era consciente, además, de que aquel hombre sanguinario jamás viviría con ella y que en algún momento terminaría en la cárcel o en la tumba. Pero mientras eso sucedía disfrutaba de sus regalos, de su dinero y, en silencio, ahorraba para cuando la fatalidad tocara a su puerta.

No obstante, era tal su juventud y fogosidad que no podía ocultar ciertas necesidades. Un día, a su puerta llegó un joven del Círculo de Lectores ofreciéndole libros y enciclopedias para ella y para Lucas. El joven era alto, rubio y de ojos color avellana. Después de ese primer encuentro, el joven comenzó a visitar a las mañanas y cuando no estaba el niño, y se quedaba, para sorpresa de todos los vecinos, más de dos o tres horas.

n aquellos tiempos toda- tan grande que nuestras madres descan- frentero y se metía a esa casa día y no- problema con el hijo de Tyson, lo cual te odioso, soberbio y a veces violento. A cambio, tenía los mejores juguetes, los mejores tenis y los mejores juegos de video, y nos los prestaba, una o dos horas cada día.

Teníamos que ser obligatoriamente sus lazarillos, sus gregarios, porque todos queríamos saborear su vida de lujos y obtener de su padre y de su tío más billetes para nuestras madres. Le soportábamos todo.

Hubo un día en que Tyson nos dio más dinero que nunca. El 31 de mayo de 1989, cuando Atlético Nacional ganó la Copa Libertadores, en El Campín de Bogotá, ante el poderoso Olimpia de Paraguay, el equipo de Almeida, Amarilla y Samaniego.

Durante toda la semana, en la 101 se habían hecho preparativos para ver el partido. Fue algo muy parecido al día en que se estrenó Rodrigo D, de Víctor Gaviria. Era tanta la expectativa, que era Doris de cuando en cuando, siempre en necesario prepararlo todo con estricto orden, pues en la cuadra apenas había cuatro televisores a color: el de la casa de Juan K, el de la casa de Sergio, el de la Nosotros, los otros niños de la cua- casa de doña Ana y el de la casa de Doris,



Con esa última casa no se podía contar. Doris era hermética con sus asuntos privados y no permitía más de una o dos visitas al día, y cada una de ellas no duraba más de treinta minutos.

En la casa de Sergio no eran bienvenidas las muchedumbres, así que solo había dos opciones. Doña Janeth, la mamá de Juan K, y doña Ana, la madre de David y Wilmar, ambas se mostraron dispuestas y dijeron no tener problema en recibir entre diez y quince personas. Y justo, los que queríamos ver el partido éramos 36, entre adultos y niños. Así que nos repartimos. Unos fuimos donde doña Ana y otros donde Juan K. Yo elegí la casa de doña Ana porque siempre repartía algún mecato, y yo me la pasaba con hambre.

El partido fue una tortura. Olimpia se acercaba al arco de Higuita cada dos o tres jugadas, y el equipo colombiano se defendía con uñas y dientes, y con uno que otro rezo. Perea, Andrés, Leonel y Barrabás se multiplicaban en defensa mientras que Chonto, Alexis, Usuriaga y los demás intentaban por todos los medios la anotación milagrosa.

Todos los mayores de cuarenta años conocemos el final de aquel partido. Nacional venció por penaltis, con Higuita y Leonel erigiéndose como héroes. Ese día Nacional conquistó cientos de miles de corazones. Fue tal la alegría, que todos nos tiramos a la calle, a bailar el Pregón verde y a tirar Maizena a los cuatro vientos. Los carros y las motos pasaban pitando y desde las ventanas se ondeaban banderas de Antioquia, de Colombia y del equipo verde.

A las once de la noche apareció Tyson con su hermano, la Quica, en una camioneta Mitsubishi gris. Venían acompañados de otros tres matones, entre ellos uno que no paraba de tararear: "El rey del puñal soy yo, la ley soy yo".

Se bajaron en medio de la cuadra con sus botellas de aguardiente y comenzaron a poner salsa dura y a festejar. Sabíamos que eran hinchas del Medellín pero se sumaron a la fiesta como todo el Valle de Aburrá. Un brindis no se le niega a semejante estrella. Tyson fue por su mujer y su hijo y los sumó a la fiesta. Luego nos llamó a los demás niños y a unos cuantos adultos y comenzó a darnos rollos de billetes. Recuerdo que a mí me tocaron ciento veinte mil pesos. Le di cien a mamá. Los siguientes días me la pasé comprando paquetes de chocolatinas Jet, peras de dulce y Pony Maltas. Fueron días maravillosos. Mamá, con los cien, mercó, pagó los servicios y me regaló unos tenis para el colegio.

A partir de ese 31 de mayo, le tomé un cariño profundo a Nacional.

Le pedí a mamá que me llevara a la Casa del Niño y el Deportista por los tenis y por un balón de micro. "Ma, usted me compra los tenis y yo compro el balón, pero lléveme". Me llevó. Me compró unos Converse, yo me llevé un Golty.

Con el hijo de Tyson tenía una buena relación. El niño tenía una bicicleta nueva y nos prestaba la vieja a los demás, por turnos. También tenía una patineta y dos carros a control remoto. Nos la pasábamos con él, mañana y tarde.

Un día, sin embargo, estábamos jugando seguimiento por los solares y los muros de la cuadra, y el hijo de Tyson, que iba al frente, se cayó sobre uno de los establos de la caballeriza de los Ochoa. Todos nos quedamos sobre el muro, viéndolo llorar dentro del establo vacío. Había roto una teja y, al parecer, tenía una mano descompuesta. No sabíamos cómo ayudarlo y, al ver que venían unos trabajadores de la caballeriza, tras el estruendo por la caída, nos tiramos del muro y nos fuimos corriendo.

Me sentí mal y volví. Asomé mi cabeza por encima del muro y vi que se

entrada principal de la caballeriza. Dieguito, Octavio y David me acompañaron. Tocamos en la gran puerta y abrió un

tipo joven y feo, que estaba armado. —Qué quieren pelaos.

—Entren.

-Estamos buscando a un amiguito que se cayó del muro.

Adentro todo era tenebroso, aunque cuando se es niño, uno se asombra o se craban en algún juego. asusta por casi todo. Había unos hombres gordos con sombreros, relojes lujosos y camisas de botones sentados en la mesa de un caspete. Estaban tomando aguardiente. El hijo de Tyson estaba sentado con ellos, tomando gaseosa. El jo-

El gordo nos llamó con la mano derecha. Fuimos, temblando casi. Dieguito quería devolverse y correr, pero la puerta había sido cerrada.

Nos hicieron sentar y nos preguntaron. —¿Ustedes son los culicagados que se la pasan brincando en el muro y en el techo de la caballeriza? Vean el daño que hicieron, ¿o es que sus mamás o sus papás van a pagar por todo ese daño? Porque a mí me tienen que pagar por eso. Estábamos al borde del llanto.

—Nosotros no queríamos hacer eso. Él estaba poniendo los seguimientos y nos hizo subir al muro, y se cayó —dije yo, llorando cobardemente y señalando al hijo de Tyson, quien me devolvió una mirada de furia y amenaza.

—Sapo, yo no tuve la culpa, me resbalé. Le voy a contar a mi papá —sentenció. Los gordos se echaron a reír y le pre-

—¿Quién es tu papá, negrito?

—Mi papá es Tyson, trabaja con Pablo —soltó sin miramientos. —¿Cómo? Vea pues. Llamá a Tyson

para que confirme.

Lo llamaron. Habló con los gordos, aunque no oímos nada. Luego le pasaron al hijo. Supe, por sus gestos, que le habló de mí.

Tras la llamada, los gordos nos dieron gaseosa. Ya habían atendido la mano del hijo de Tyson, que no estaba descompuesta. Nos reprendieron una vez más y nos advirtieron que si volvíamos a molestar en ese muro, nos iban a disparar.

Salimos todos juntos y el hijo de Tyson no quería hablarme. Se fue adelante, casi corriendo, directo a su casa.

Me quedé aburrido y temeroso. Entré a mi casa, pero mamá estaba trabajando, así que me quedé solo toda la tarde, escuchando Veracruz Estéreo. A las siete de la noche llegó mamá y le conté todo.

Mamá fue conmigo hasta la casa de Lucas. Habló con Doris v esta se echó

—No le pare bolas, doña Silvia, mi marido qué se va a meter con un niño. Ya regañé al mío por haber contado esa bobada, y el papá también lo regañó. No se preocupe. ¿Quieren tomar algo?

"Por eso estaba bravo. No era conmigo sino con su padre, que no le hizo caso", pensé y respiré hondo. Era octubre 30. Estaba a un día de cumplir doce años.

Doris quería hablar con mi mamá. Me dejaron sentado en la sala y ellas se fueron para la cocina. El hijo de Tyson estaba en su cuarto, pero cuando me vio allí solo, se vino contra mí, a pegarme y a insultarme. Lo dejé, no podía enfrentarlo. Doris escuchó los gritos y lo reprendió duramente y lo envió a su cuarto. La conversación entre las dos madres había terminado, y también tenía que ver conmigo

-Qué hacías peleando con ese muchachito. Lo mejor es que dejés de meterte con él. Uno nunca sabe —dijo mi madre cuando salimos. Luego, más calmada, me contó que la señora iba a formar una barra para ir a ver al DIM al estadio, porque tanto ella como Tyson eran rojos de corazón. Que quería meter llevaban al niño hasta las oficinas. Iba en la barra a todos los niños de la cuallorando. Yo le di la vuelta a la cuadra y dra, porque además íbamos a tener un

Asobdim. La barra se llamaría "El hincha fiel", la primera representación de la afición poderosa surgida en El Socorro.

Mamá le dijo que lo iba a pensar, porque no le gustaba que los niños tuvieran problemas. La madre de Lucas le dijo que no se preocupara, que a esas edades todo pasaba muy rápido y los niños volvían a ser amigos tan pronto se involu-

En la cuadra, a muy pocos niños les celebraban los cumpleaños. Los afortunados eran, casi siempre, Juan K, el hijo de doña Janeth; David y Wilmar, los hijos menores de doña Ana; Sergio, el hijo de doña Paula y, claro, el hijo de Tyson.

Debido a la coincidencia de mi cumven que nos abrió la puerta le dijo algo al oído a uno de los gordos y nos señaló. pleaños con la noche de Halloween, mi regalo, si había dinero, era un disfraz y un ponqué Ramo pequeño que comíamos mi madre y yo en la soledad de la cocina, pues para entonces mi hermana vivía internada en Granjas Infantiles, un colegio de monjas en Girardota.

> Ese día, el hijo de Tyson y su madre tocaron la puerta de mi casa a las cinco de la tarde y me entregaron un regalo. Era un Atari 2600 con diez juegos incorporados. Yo había soñado con esa consola mucho tiempo y cuando por fin la recibí ese 31 de octubre de 1989 ya había salido el Nintendo. Tanto el hijo de Tyson como Juan K, David y Sergio tenían Nintendos en sus casas. Agradecí el regalo. La madre del hijo de Tyson me dio un beso en la mejilla y el niño, en cambio, me hizo una mueca de resignación salpicada de rabia. Mamá los invitó a probar el ponqué que había comprado, pero la señora dijo que no era necesario. Ni siquiera cruzó la puerta, dio media vuelta con su hijo y se marchó.

> Mamá me había comprado un disfraz de Llanero Solitario, así que me lo puse y fui a buscar a mis amigos: Higuita, Dieguito, Sergio, David, Juan K, Yeison. Todos estaban disfrazados y esperaban afuera de la casa de Juan K para comenzar el recorrido. Siempre íbamos a San Javier, a Antonio Nariño y a Santa Lucía. No bajábamos a La Floresta o a La América por miedo a que nos robaran.

> Quince días después yo ya hacía parte de la barra. La mamá del hijo de Tyson nos dio sudaderas, camisetas, banderas y hasta guayos para jugar fútbol. Su hijo me hablaba, pero siempre con insultos, aunque no volvió a intentar pegarme. Su padre llegó pocos días después y nos vio a todos en la calle. De nuevo preguntó si estábamos tratando bien a su hijo y, tras escuchar las respuestas, empezó a repartir dinero y juguetes. Cuando llegó mi turno, me dio la espalda. Se subió al carro y dijo sin mirarme, "a usted, esta vez, no le toca nada, por sapo", y se fue.

Dos meses después, en enero de 1990, ya estábamos jugando en el torneo Asobdim e íbamos al estadio con frecuencia a ver al Rojo. Yo me enamoré del equipo el primer día que los vi desde la tribuna Oriental. No sabía mucho de fútbol. Pocas veces, por la tele, logré ver a Maradona y a Platini, por lo cual eran mis únicos ídolos. Pero ese día, un domingo de finales de enero, vi a dos jugadores que llenaron mis ojos y provocaron en mis adentros una emoción que, hasta entonces, había experimentado muy poco. Era una sensación de asombro y júbilo, como cuando me encontraba dinero en la calle o cuando, mirando al cielo en una noche despejada, veía pasar las estrellas fugaces. Pelusa Pérez y Óscar Pareja se convirtieron en mis nuevos referentes, por encima de Maradona y Platini. Los tenía a metros de distancia. Podía ver y oír sus toques a la pelota, podía escucharlos gritar. Eran reales. Jamás había visto a un par de jugadores tan técnicos y aguerridos. El DIM jugaba bien, daba batalla, aunque nunca peleaba las finales. Me hice hincha.

me fui hasta El Chispero, donde estaba la equipo de fútbol para jugar en el torneo tadio y yo era un niño feliz, gracias murando la suya propia. 🤄

a Pelusa y a Pareja. Gracias al torneo Asobdim conocimos varias canchas a lo largo de la ciudad y en algunos partidos logramos triunfar. Pero todo aquello acabó de repente. En abril, mientras iba hacia la iglesia de La América, un gran estallido me dejó un zumbido terrible en los oídos y tuve que refugiarme con otras personas dentro de la iglesia. Se escuchaban sirenas y gritos. Aunque era un niño, ya tenía conocimiento de Pablo Escobar y sus secuaces y del alcance de sus maldades. Sabía lo que era un sicario, una bomba, un atentado, Era consciente de todo el vocabulario de la violencia. El estallido había sido una bomba. La pusieron frente al almacén la Casa del Niño y el Deportista, uno de mis lugares favoritos para vitrinear.

Tyson y la Quica no volvieron por el barrio, algo les había pasado. Doris y Lucas se fueron. La barra se cerró, pero todos nos quedamos con las sudaderas y las camisetas. Los mayores siguieron yendo al estadio y yo les rogaba que me llevaran. A veces lo hacían. Jorge Hoyos, que dirigía Asobdim, se hizo novio de doña Janeth, la madre de Juan K, y para ganarse su amor y otras consideraciones nos daba boletas de vez en cuando a los niños. Yo pude seguir viendo a mis héroes, pero no me gustaba sentirme tan solo en esa tribuna, o tener que devolverme caminando por la ribera de La Hueso hasta llegar a mi casa.

En 1992 mataron a Tyson dentro de un apartamento. Lo sorprendió la policía en pleno acto sexual con dos mujeres, y allí terminó su vida, en calzoncillos y acribillado por la fuerza pública. Yo salí de El Socorro en 1994. El barrio había cambiado y los nuevos combos no respetaban a nadie. Un hombre apodado Yuma trató de matarme dos veces y otro al que le decían el Bonito me persiguió tres veces con un puñal. A ambos los mataron en esa guerra inclemente después de la muerte de Pablo Escobar.

Mi fui a vivir a Aranjuez, con mamá y con mi hermana. Terminé el bachillerato en Campo Valdés e ingresé a la Universidad de Antioquia en 1998.

Los años pasaron. No volví a saber de Doris o de Lucas hasta que un día, no hace mucho, me encontré a doña Ana en el parque de La Floresta. Ella se había hecho rica a punta de hacer uniformes de colegio y vivía en una casa de tres pisos a un costado de la iglesia La Inmaculada.

Me contó que ella había sido, en sus inicios, la encargada del servicio doméstico en las casas de la Quica, Tyson, Palomo v Pinina. Oue ella había llevado a Doris a vivir a El Socorro en esos tiempos, por orden de Tyson, y que ella era la única que sabía de Lucas, quien había sido reportado como desaparecido en México a comienzos de 2024.

"Es pastor en una iglesia de Estados Unidos, y no pregunte más", me dijo.

Me sorprendió aquella noticia sobre mi antiguo vecino. También me sorprendió que doña Ana dijera que Doris había despilfarrado sus ahorros mafiosos en mozos y rumbas, y que ahora dirigía un taller de confección en Itagüí.

Busqué noticias de Lucas en la prensa, a través de internet, pero no encontré mucho. Solo la nota de su desaparición, pero nada sobre su iglesia, o sobre su liberación. Doña Ana añadió que estaba en California, cerca de la cárcel de Atwater, donde su tío, la Quica, purga una condena de doscien-

De algún modo, todos aquellos niños que crecimos en El Socorro hemos pagado largas "condenas". Otros, peor aún, terminaron muertos. Dieguito, David, Flaco y Juan K, todos muertos; Sergio, Lucas, Nandito, exiliados y sin dar noticias. Yo, un vagabundo del teclado que intenta contar historias y que, en todas Durante varios meses fuimos al es- ellas, trata de encontrar redención mur10 (# 143



A María Ignacia, nacida en esa Antioquia que le rendía pleitesía al rey de la lejana metrópolis peninsular, la sedujeron. Su "galán", que alguna vez le había prodigado amores, promesas y madrigales, se convirtió en una víbora dispuesta a destilar injurias y procurar ultrajes. Aquí, la historia de cómo el engaño y el deseo —sobre todo el deseo—, disfrazados de amor y compromiso, burlaron el nombre de una antioqueña.

MARINILLA, 1774

"Basten ya tus engaños; / mira que lo pasado, aunque ha pasado, / te deja desengaños, / porque conozcas que de aquel estado / solo quedó presente / lo que debes llorar eternamente".

Sor Josefa del Castillo y Guevara en Desengaños, exhorto a penitencia y acto de contrición.

estaba triturando el maíz. Con ese ritmo cadencioso, iba machacando grano tras grano en la piedra de moler. Pronto, esa masa pastosa se convertiría en arepas, estacas, tejas, o un sinnúmero de amasijos con los que alimentaría a su prole. Mientras ella estaba concentrada en el metate y en pasar el maíz ya molido a la batea de madera, escuchó que Juan Miguel Duque, de 56 años, la llamó desde la puerta. Ella, que estaba en la cocina de esa casita de embarrado situada en el sitio de San José de la Marinilla, fue a la puerta a atender al recién llegado. Tras saludarse, Duque le propuso cambiar una cerdita que ella criaba en el patio de la casa, por otra que él estaba engordando en un terreno del sector conocido como la Quebradita Honda. Tras aceptar el trueque, él aprovechó para cobrarle tres pesos de una fanega de maíz que esta le debía desde hacía tiempo: "No espero más por mi dinero, a la vuelta téngame los tres pesos", y se fue. Lo que María Ignacia no sabía es que Ambrosio de Cárdenas, de 21 años, la estaba espiando, oculto en la huerta contigua.

aría Ignacia Marín

Ese episodio del trueque de los cerdos y del cobro de la deuda sería usado por Cárdenas para romper su palabra y sustentar, posteriormente, su calumnia. Era finales del año del Señor de 1774.

### Una castiza pobre

María Ignacia había nacido hacia 1746 y era, según los censos de la época que se encuentran en el documento 6498 del Archivo Histórico de Antioquia, una "blanca de segunda clase". Esto, en aquellos tiempos marcados por una fuerte estratificación social soportada en un sistema de castas, la clasificaba como castiza o cuarterona, a medio camino entre los criollos (hijos de españoles nacidos en América) y los mestizos. Sin embargo, era una blanca pobre que se dedicaba a cosechar algunas verduras y hortalizas en una pequeña huerta y a la cría de lechones en el solar de su casa. De hecho, el historiador Mauricio Gómez apunta en su artículo Cerdos y control social de pobres en la provincia de Antioquia, siglo XVIII, que si bien en el período colonial antioqueño no se puede generalizar el hecho de que todos los pobres fueran criadores de marranos, sí hay una importante correlación entre la pobreza y la cría de lechones como una manera de sustento para cubrir las necesidades básicas, especialmente entre las mujeres de escasos recursos. Incluso, añade que las élites antioqueñas de ese momento privilegiaban el consumo de carne de res, pues el ganado vacuno era también símbolo de estatus en tanto requería de grandes hatos para su cría, a diferencia de los cerdos, criados en patios, solares, huertos v. muchas veces, vagando libres por las aldeas.

Pero a la pobreza de María Ignacia había que sumar su viudez. Se había casado en 1768, a sus 22 años, con José Joaquín Arias, con quien tuvo a Vicente, Fermín y María; no obstante, su esposo murió en 1772. Así, ella quedó sola, con tres hijos a cargo, y sumida en las penurias económicas. "La viuda era un ser común de la sociedad colonial, en cada ciudad eran muchas en este estado y sus roles se desempeñaban en muy diversos escenarios. [...] De otro lado, la habitual idea de la 'viuda feliz' parecería ser una ficción. El común de las viudas eran mujeres adultas agobiadas por las cargas y la pobreza", explica el historiador Pablo Rodríguez en Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada. Según el censo de Marinilla en 1786, de 4462 personas que habitaban el sitio había 52 viudas y dieciocho viudos.

Para paliar su viudez y encontrar au- en el estado del santo matrimonio conxilio financiero, María Ignacia soñaba con contraer segundas nupcias. Era difícil, pues en la "feria" matrimonial los pretendientes preferían a las mujeres vírgenes o a las viudas jóvenes con cierto nivel económico y con solo uno o dos hijos; cualidades ajenas a María Ignacia que, para la fecha del caso, tenía 28 años, tres hijos y escasos bienes.

### Una viuda honesta v recogida

En 1774, dos años después de la muerte de su marido, empezó a recibir coqueteos de parte de Ambrosio de Cárdenas, un mozo de 21 años que era pariente lejano. "Yo era una viuda recogida, pero como mi anhelo era siempre el no dar qué decir, procuré ponerme en el estado del santo matrimonio con dicho Ambrosio de Cárdenas", narró María Ignacia Marín el 6 de septiembre de 1774 ante José de la Cruz Duque, alcalde ordinario del Valle de la Marinilla.

María Ignacia pensaba que por fin había conseguido en Ambrosio a un compañero de vida. Aunque era mucho más joven que ella e igual de pobre, vio en ese muchacho que la pretendía la posibilidad de recomponer su familia y de dejar de dar lástima como la "pobre viuda", para ser de nuevo una mujer casada. Probablemente, pensó que Dios y el destino le habían sonreído, así como en la Biblia la viuda Ruth logró casarse con Booz. Sin embargo, otro fue el desenlace. "Ambrosio asintió contraer esponsales conmigo y bajo futuro matrimonio tomó entrada en mi casa y por ello resultó tener cópula carnal conmigo de que me hallo embarazada", se lee en la declaración de María Ignacia que hace parte del expediente 1934 del Archivo Histórico de Marinilla.

Tras haber obtenido la relación sexual que quería, Ambrosio empezó a alejarse de María Ignacia, dilatando su promesa y contradiciendo su palabra. Por eso, temiendo que su honor quedara en entredicho, ella lo acusó por incumplimiento de promesa de matrimonio y el alcalde —conocedor de las habituales fugas de los seductores lo apresó en la real cárcel de Marinilla mientras se resolvía la demanda. "Hallándose el susodicho en captura, suplico al señor alcalde, rendidamente, se sirva el no darle soltura, compeliéndolo por todo rigor de justicia a que se ponga la demanda de ella:

migo, costeando la dispensa o precisándome al dicho Cárdenas que sea dotada [...] mediante a que se constituye deudor en la recompensa de mi honor, que así lo ordenan las leyes divinas y humanas. Así, espero su recta administración de justicia, sirviéndose vuestra merced el ampararme como pobre viuda, sola y desamparada en esta demanda", exigía

Marín enfatizó a lo largo del expediente su situación de desvalimiento, no solo porque fuera cierta, sino también para que su caso tuviera prioridad entre el universo judicial que debía resolver el alcalde. Además, al menos en el papel, tenía a las leyes indianas de su lado: "Los virreyes y presidentes sobre el gobierno de las audiencias [...] Nos avisen si se guarda justicia a las viudas y personas pobres y miserables, anteponiendo el despacho de sus pleitos y causas a los demás, como es justo", reza en la Ley V, Título 14, Libro 3° de la Recopilación

Por otro lado, en cada una de sus declaraciones ella recalcó el hecho de que era "público y notorio que he sido honesta y recogida". Esta necesidad de resaltar su intachable conducta buscaba: primero, blindar su demanda de los rumores o calumnias que pudiera levantar el seductor, pues en la Colonia —y hasta que la "seducción" dejó de contemplarse como delito en el siglo XX— fue común que los hombres salieran indemnes de los litis judiciales aduciendo la mala conducta de las féminas. Segundo, para asegurar que las leyes la ampararan, pues solo aplicaban si se trataba de viudas de buena fama y honestas. Sobre esto, las Siete Partidas castellanas —de origen medieval, pero que también estuvieron vigentes durante la Colonia exponen en el Título 19 de la Séptima Partida que: "Hacen muy gran maldad aquellos que sonsacan por halago o de otra manera a las mujeres vírgenes o a las viudas que son de buena fama y viven honestamente".

### Guerra de cartas

Cuando el alcalde notificó a Ambrosio de Cárdenas sobre la petición de Ignacia, este contestó tres días después, el 9 de septiembre de 1774, en una carta donde exponía cuatro razones por las cuales se debía "despreciar en un todo"

Maxim, le dio Ambrecio a la Turticia Ordinaria & este ar valle & S. Toh & la Murini Male & Añove \$174nido cador. zaz

Portada del expediente. El caso se encuentra en el Archivo Histórico de Marinilla, Fondo Alcaldía, Caja 50, Carpeta 1, Documento 1934. Foto: Felipe Osorio V.

"Aunque es cierto que con repetidas instancias se propendió a que yo palabra le diese de casamiento fue mi respuesta que me impondría a la voluntad de mis padres para deliberar, y estos no consagraron [...] de que se le dio noticia por mí a la dicha contraria y con esta sabiduría me admitió en su casa.

Se ignoraba el parentesco que entre ambos media, por lo que no se puede verificar el matrimonio sin expresa dispensa del señor obispo.

Disuadido de que mis padres no gustaban verificase con la dicha el propuesto matrimonio, se convence que si algún desmedro ha tenido en su crédito por mi entrada en su casa fue por ella suplido, pues estaba desengañada del ningún efecto del matrimonio.

Si tuvo pensamiento de que yo la habría de dotar, esta fue una moralidad muy supina, pues es público que yo sov un hombre tan pobre y despojado de bienes, que no tengo otros que con los que abrigo mis carnes".

Asimismo, pedía al alcalde "darme libertad y condenar a la contraria en costas, jornales y manutención o alimentos desde el día en que por esta causa se originen, obligándola a ello como temeraria litigante".

Días después, el 13 de septiembre, María Ignacia pidió al alcalde que le tomara una declaración juramentada a Ambrosio, y envió tres preguntas: 1) Si había propuesto esponsales con

el fin de tener matrimonio. 2) Si bajo ese pretexto habían tenido

relaciones sexuales en casa de ella.

3) Si le constaba que ella era una viuda honesta y recogida

Ambrosio respondió a la primera pregunta que la madre y los hermanos de María Ignacia le habían propuesto que se casara con ella al ver el gusto existente entre ambos, pero él se limitó a decir que, en ese momento, solo prometió casarse siempre y cuando sus padres así lo aprobaran. A la segunda contestó que, efectivamente, "entraba a casa de dicha María Marín como también haber tenido cópula carnal con ella por su voluntad, sin ofrecimiento ninguno de casamiento". Con la respuesta a la tercera pregunta, y probablemente viendo que la justicia se estaba inclinando hacia la agraviada, decidió sacar su "artillería" y tramar un subterfugio con miras a girar la acusación. "Sabe que es viuda la expresada Ignacia Marín, pero no sabe que sea honesta y recogida, antes lo contrario. Y le consta porque estando [...] en casa de la referida un día llegó un hombre cuyo nombre se reserva v principió a acariciar a la dicha con la oferta de tres pesos de oro que le hizo, y quedaron pactados para donde se habrían de topar en el monte a causa de haber puesto la dicha María Ignacia el reparo de que en la casa era peligroso porque estaban los muchachos [...] pero que en el paraje donde se habían quedado de topar cumpliría su deseo".

A las dos de la tarde del mismo día, el alcalde ordinario de Marinilla, José de la Cruz Duque, visitó la casa de Ignacia Marín para ponerla en conocimiento de la declaración juramentada de Ambrosio. Puede imaginarse a esa mujer, analfabeta, escuchando la lectura de las respuestas del seductor mientras la invadía la indignación. Seguramente, a la decepción que ya tenía de Ambrosio, debió añadirse el hecho de sentirse traicionada por esa acusación tan deshonrosa que él había formulado. Pero ella, como buena hija de la Colonia, no dejaría que su reputación quedase en entredicho, y contraatacó el 15 de septiembre con un tercer escrito.

En las dos páginas del texto —que debió pagarle a algún conocido para que se lo escribiera, dado que difiere de la caligrafía del escribano que documentó el caso— arremetió contra la declaración de Ambrosio de Cárdenas:

"Una indigna y muy falsa declaración, indecente y estrepitoso narrar [...] tan indecente y mal formado se halla dicho escrito, como lo que declara la parte conocida su malicia de no querer cumcontraria, por lo que se me hace preciso sujetarle la pluma a aquellas falsas declaraciones [...] y no me atrevo, vuestra merced, a mancharle sus nobles oídos por las arrojadas y ardientes explicaciones que se hallan en su errada supuesta declaración y menguado alcance, que con tan licenciosa circunstancia ha vertido contra mi buena opinión y cristiana conducta, queriendo desacreditarme. Por lo que respecto a la rigurosa mancha con que ha tirado a tiznar mi honor pretende por ese medio librarse".

De igual manera, aclaró el episodio narrado por Cárdenas, explicando que se trataba de Juan Miguel Duque quien había aparecido en su casa con miras a cobrarle tres pesos que ella le adeudaba por una fanega de maíz y para proponerle el trueque de dos marranas. De hecho, solicitó la declaración de Duque para comprobar la falsedad del suceso descrito por Ambrosio, lo que se ejecutó el 24 de enero de 1775 y donde este confirmó la versión de María Ignacia, refutando la de Cárdenas.

En dicho escrito, aparte de reiterar su solicitud de dote o del cumplimiento del matrimonio prometido, ella pedía que el alcalde, en tanto encargado de impartir justicia, tomase la declaración de Ambrosio de Cárdenas como

prontuario, toda vez que, al dañar su reputación, directamente le haría imposible conseguir un nuevo marido: "(...) es plir con la legalidad de hombre de bien, que pudiendo honrarme es atrevido al desdoro de mi honor. Pues, con semejante descrédito y falacia, perderé igual casamiento y no habrá quién quiera casarse conmigo".

Posteriormente, el alcalde José de

la Cruz determinó el 23 de septiembre de 1774 darles nueve días a Ignacia y Ambrosio para que reunieran las pruebas para soportar, la una su demanda, el otro su defensa. Adicionalmente, dio libertad a Ambrosio para que pudiese preparar sus argumentos: "Atendiendo a la larga prisión que Ambrosio de Cárdenas ha sufrido en la cárcel pública con un par de grillos, se le alza por ahora de dicha prisión y se le redunda a que la guarde dentro de la demarcación de este sitio, con apercebimiento de que si la quebranta se volverá a poner en la misma". Cabe anotar que, en la época virreinal, los seductores solían fugarse para evitar responder por la dote o los embarazos de sus seducidas, por lo que con el apercebimiento a Ambrosio, que se hizo también a su padre José de Cárdenas, se buscaba frenar cualquier posi-

### El "suspenso"

Al final, escritos fueron y vinieron calumnia y se sumara este delito a su (seis de Ignacia y tres de Ambrosio), una

acusación tras otra, un intento de concertación y hasta el cambio de alcalde, pues el caso inició en septiembre Castro por acabársele la legislatura al primero. Hasta José Cárdenas, el padre de Ambrosio, resultó inmiscuido en defensa de su hijo y apersonándose del caso; mientras que María Ignacia contaba con el apoyo de Andrea Hernández, su madre, y facultó a Juan Ignacio de Salazar —presumiblemente alguien más conocedor del intríngulis judicial— para que prosiguiera con su causa. No obstante, el nuevo alcalde decidió el 30 de enero de 1775 que "en virtud de las excepciones dilatorias que impiden el conocimiento de la causa principal, según derecho, [...] quede suspenso el principal".

En otras palabras, el caso quedaba suspendido, pues el alcalde conceptuó que el proceso no avanzaba y solo se dilataba inútilmente; una especie de sobreseimiento. En esa medida, María Ignacia perdió el caso, porque tampoco hay registro en los tomos del Archivo Histórico de Marinilla de que dicha causa fuera reabierta. Además, aunque el expediente no lo indique de manera específica, lo más probable es que ella tuviese que sacar de su exiguo pecunio los costos de la tinta, el papel sellado, las rúbricas y las firmas del alcalde que se habían gastado en los escritos que presentó. Además, Ambrosio

quedó libre y no tuvo que responder ni por el incumplimiento de promesa, ni por la calumnia—con el consecuende 1774 bajo José de la Cruz Duque, y te daño reputacional a Ignacia—. Por si en 1775 lo continuó Vicente Gómez de fuera poco, el vientre de ella, cada vez más crecido, le recordaría día tras día la burla de la que había sido víctima, mientras que su comunidad, sus vecinos y parentela, harían de su tragedia objeto de chismorreos, manchando su honor en una época donde este era uno de los más invaluables patrimonios de las personas. Para rematar, su hijo sería un "hijo natural", por lo que no gozaría de los mismos derechos de los hijos legítimos, pudiendo, incluso, ser sujeto de exclusiones y discriminaciones dentro del rígido aparato colonial.

> Al revisar archivos complementarios, como padrones de población y documentos eclesiásticos, se identificó que Ambrosio de Cárdenas se casó con otra mujer, llamada Laura Bedoya, en la iglesia de Rionegro en 1778. Suerte que no tuvo María Ignacia Marín, quien hasta el censo de 1786 seguía figurando como viuda, lo que demuestra que, al menos hasta ese año, no logró contraer segundas nupcias. Igualmente, tuvo otros cuatro hijos, todos bautizados como "hijos naturales", lo que refleja que se vio involucrada en otras "relaciones ilícitas" que, tal parece, solo se tradujeron en promesas infructuosas de matrimonio y más bocas que alimentar. ©

### MEDELLÍN NO ES LA CIUDAD DE LA ETERNA PRIMAVERA. MEDELLÍN ES LA CIUDAD DE



BAR / KARAOKE / COMIDAS RÁPIDAS

CARRERA 43#53-19 AL LADO DE EL GUANÁBANO



# Juego, derivas, recorridos truncos, palimpsesto

DOT JORGE IVÁN AGUDELO · Archivo Fotográfico BPP

**Veo** la foto, y aunque sé que es Medellín, su plaza, una época lejana, lo que taladra, en azaroso contrapunto, es la sentencia de Juan Rulfo, su descripción de otro pueblo, de Luvina: "Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza". Pero no, ¿cuál tristeza? Me reconvengo, es solo una iglesia bajo un falso cielo de tormenta, el blanco y negro, la poca v afantasmada gente en un espacio que ahora rebosa, que es disputado por muchos; en últimas, no es más que la enfermedad de la literatura abriéndose paso, colonizando. Vuelvo a la foto, cuento, de derecha a izquierda, por pura ociosidad, las puertas de la casa contigua a la iglesia, una, dos, tres, cuatro, cinco..., de pronto, como si no lo hubiera visto, se me atraviesa, salta, el hombre de a caballo, su ruana, su sombrero, y me permito, porque se impone, otra licencia: hace unos quince años, cuando era fumador serio, un domingo sin cigarrillos, más o menos a las nueve de la noche, en el punto exacto, quiero creer, donde el hombre cabalga, en la chaza más anónima, encontré un paquete de los ya para entonces muy escasos Camel sin filtro. Una nimia alegría en la desangelada noche del Parque de Berrío en los primeros años del milenio. Hace nada, eso pasó hace nada, está allí, a la vuelta de la esquina, como se dice. Pero no, está en otro mundo, se me ocurre, tan lejos como 1891, el año de la foto, en que Melitón y Horacio, los hermanos Rodríguez, iban con su cámara de fuelle cargada con placas de vidrio, persiguiendo a Medellín, por trabajo, para ganarse el pan, dirán algunos, para que de pronto no se nos fuera a escapar el villorrio, la ciudad que va estaba, sin estar, en la foto, o a convertirse en otra cosa, sin que nos diéramos cuenta, pensarán otros, más



Plaza principal, fondo Fotografía Rodríguez. Archivo Fotográfico BPP, 1891.

"Nuestros recuerdos como una de las regiones más remotas de lo que nos es exterior", recito, palabra a palabra, como si se tratara de un mantra. Barajo autores posibles, un par de libros. No me convencen, pero tampoco me obsesiono, entonces dejo huérfana la frasecita lapidaria, como reverso irónico de la foto, de lo que me ha permitido: juego, derivas. recorridos truncos, palimpsesto. En todo caso, hay que agradecer por

tan ajeno, el recuerdo desalojado, sin buscarse, me fue regalado. Desde otro suelo, desde otros muros, desde otra plaza, desde otro siglo, por obra y gracia de la foto, palpita, por un momento. entre muchas noches comunes, insignificantes, una noche de hace unos quince años, una foto distinta. Ahora levanto la foto, la plaza, la iglesia, los parroquianos, el caballo y su jinete, dov tres golpes con su borde al escritorio, la acerco a la lámpara

detalle que me abra un camino inédito, pero antes de detenerme en nada, la suelto, de golpe, bocabajo, sobre un montoncito de libros. "Resulta fácil ver las cosas desde aquí meramente traídas por el recuerdo, donde no tienen parecido ninguno", recito, palabra a palabra, como si se tratara de un mantra. Pero esta vez no tengo que barajar autores posibles. Es Rulfo, su Luvina que regresa para asustar, como un celaje, como el cielo plomizo de la foto.©



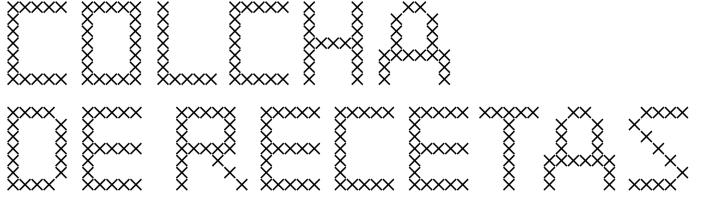


### Medellín [serie]

Víctor Muñoz
Troquel y perforación con disparos
sobre lámina metálica
40 X 100 cm
2024



Estos dos relatos hacen parte de Colcha de recetas, publicación editada por La Bruja Riso y que se presentará el próximo 29 de marzo en su sede. Historias, saberes y trabajos del cuidado; una especie de conjuro para que no nos deshilachemos y nos habite la fuerza de quienes nos trajeron a este mundo.



### por Maritza Sánchez Hernández

• Fotografías Archivo familiar



La abuela Lola en la cocina, en Concordia

### Los pandeyucas de la abuelita Lola

El olor a pandeyuca era el despertador. Significaba que, aún sin salir el sol, la abuelita Lola ya estaba en pie preparando "los tragos", que era lo que había que meterle al buche al inicio de cada jornada. El radio prendido en la cocina la acompañaba, mientras el resto de la familia se levantaba. Para la abuelita era impensable que por más niña o viejo que alguien fuera, empezara la jornada sin esos tragos, que en su casa incluían aguapanela o tinto con pandeyuca. Las más de buenas, como mi hermana Ana Sofía, tenían la fortuna de repetir, pero esos pandeyucas eran muy contados, porque no éramos poquitas las nietas y nietos (hasta trece) que pasábamos las vacaciones en esa casa, suficiente para toda la familia y visitantes, antes de piso de tabla y después de cerámica,

ubicada en el barrio Hovo Caliente de Concordia, a media cuadra del hospital, a cinco faldas de la plaza principal de ese pueblo cafetero en el que nació mi familia paterna. Más o menos a las nueve y media ya debíamos estar bañadas y listas porque la abuelita nos encomendaba la misión vital de llevar los desayunos de la tía Patricia, en la Alcaldía, y del tío Julio César, en la Cooperativa de Caficultores de Antioquia. Pocas veces esos portacomidas de peltre blanco con florecitas de colores y bordes negros llegaban intactos: el chocolate se chorreaba sobre la arepa con quesito y otras goteras podían resbalar hasta el compartimento del calentado (de frijoles, arroz, huevo revuelto, carne). No era con mala intención, éramos adolescentes torpes y la geografía de Concordia es falduda y resbaladiza por el rocío de la madrugada. Ni la tía Patricia ni el tío Julio nos regañaban, pero en algún

momento de diciembre o de julio le ponían la queja a la abuelita y ella nos advertía, pero la revoltura volvía a repe-

La cosecha, abundancia y multi-

plicación de la comida en la casa de la abuelita empezaba en El Brechón o en El Morro, las fincas entre las que vivía, labraba y se movía el abuelito Félix. En la plaza del pueblo, él sostuvo por muchos años un toldo en el que vendía revuelto los domingos, como complemento del café que en tiempos de cosecha le compraban en la Cooperativa más temprano. En el toldo, según la época del año, se vendía kiliado lo que diera la tierra: plátanos, yucas, guineos, bananos, arracachas, zapotes, mangos, aguacates, limones, piñas, guamas, aguacates, guanábanas, carambolos. mandarinas, naranjas, estropajos y hasta quesitos traídos de Urrao. Con interés, seguro, pero también con ese amor infinito que le teníamos al abuelito, lo visitábamos para que nos enseñara a calcular el precio según gramos y kilos, a envolver en periódico y a despachar el revuelto. Al final de nuestra ayuda, floja y escasa, nos repartía la ración igualita para cada nieta y nieto: 50, 100, 200, 500 pesos. Muchas veces la abuelita nos mandaba por el revuelto para el almuerzo y nos entreteníamos entre los toldos o loleando en el supermercado El Cafetero, viendo —y a veces robando- credenciales y chocolatinas Ítalo en los almacenes, o mecatiando en la panadería La Mía. Tarde, y con la barriga medio llena, llegábamos por fin con el revuelto, y la abuelita, aunque no nos regañaba, nos decía con la mirada que si el sancocho o el sudao estaban retrasados era por culpa nuestra. Esa casa, levantada a punta de los

trabajos de modistería de la abuelita Lola y el trabajo en el campo del abuelito Félix, luego también por la suma de esfuerzos de los tíos, tías y papá cuando se hicieron mayores, era de la familia, pero también era la casa del pueblo: allí, antes de que abriera la primera sala de velación concordiana y fuera prohibido velar los muertos en las casas, se hacían los velorios de parientes cercanos y lejanos; llegaban familiares enfermos desde veredas distantes; se hacían las fiestas por bautizos, matrimonios, primeras comuniones, grados o aniversarios. Allí se rezaban las novenas navideñas al lado del pesebre sencillo y muy alumbrado que armaban el tío John Jairo y la abuelita Lola; y allí llegábamos nietas y nietos cada vez que empezaban las vacaciones de mitad y fin de año, también en Semana Santa. En esa acera, coronada por un curazao morado que daba flores todo el año, jugamos, peleamos, conseguimos novios prohibidos, lloramos, cantamos y nos dimos cuenta de que la vida no era eterna y se ponía más y más dura a medida que crecíamos y se morían la abuela Lola, mi mamá, el abuelo Félix, mi primo Felipe, la gente del alma.

En cada velorio, en cada fiesta, cuando fuimos niñas y adolescentes, la comida alcanzó para cuanta gente llegara y nunca se le negó un vaso de agua a ningún forastero. "Se me lo comen todo. La

comida no se bota, eso es pecado", nos insistía la abuelita Lola mientras escuchaba la misa por el radio y hacía oficios en la cocina o bajaba de descolgar la ropa seca y coger las cebollas de rama que tenía sembradas en una ponchera, en la terraza.

El recuerdo de los años alegres y andareguiados en Concordia y en la casa de la abuelita Lola me sabe a pandeyuca recién horneado con chocolate negro, caliente, batido a mano en una mañana con mucha neblina.

### Pandeyucas con cinco ingredientes y sin afán\*

Lo primero: el almidón. Se debe pelar la yuca cruda, rallar y colar con ayuda de un cedazo o paño. Es preciso sacar los pabilos —parte central fibrosa que se encuentra en el interior de algunos tubérculos— y distribuir con uniformidad la yuca rallada sobre un charol. Lo segundo, y para esto puede ser buena idea usar una escalera si es del caso, es ubicar el charol en el techo de la casa (el de mi abuelita Lola era de zinc). Si no se tiene acceso al techo ni a una escalera, no importa; es posible buscar para el secado del almidón un lugar fresco, seco y bien ventilado. Funciona hacerlo en terrazas, patios, balcones y ventanales. Es necesario voltear la yuca rallada cada cierto tiempo para buscar un secado uniforme. En este paso del proceso es necesario cuidar el charol de aves, gatos, perros u otras especies. El tiempo de secado de la yuca rallada varía según varios factores: la cantidad de yuca, que caiga un aguacero o que pasen gatos o pájaros que devuelvan todo el proceso hasta el primer paso, la temperatura del territorio, la paciencia. En un estimado muy general, este secado puede tardar entre ocho y veinticuatro horas. Si la textura aún es húmeda o pegajosa, se necesita más tiempo de secado. Se sabe que está lista cuando está bien

seca y quebradiza. Ya listo el almidón, el siguiente paso para llegar a los pandeyufresco campesino, cuajada, queso costeño o el que se prefiera y se consiga sin líos—. También se agrega panela raspada, un huevo y una pizca de polvo de hornear. Antes de amasar se puede precalentar el horno. La textura de la masa debe ser suave y sin grumos y para esto no es necesario amasar por largo tiempo. Con pequeñas porciones de la masa se forman bolitas que luego se pueden convertir en cilindros, en la letra C o en rosquillas pequeñas si se unen los extremos de los cilindros. Según cada horno, los pandeyucas se deben hornear por entre 15 y 25 minutos.

\*Esta receta se originó en el relato y saberes de mi tía Olga Patricia Sánchez Vergara, hermana menor de mi padre, que vivió y cuidó de mi abuelita Lola, María Aurora Vergara, desde siempre y hasta el día de su muerte en el año 2008. Mi tía Patricia vive en la zona urbana de Concordia.



Fiambre al aire libre en Támesis. Sentadas con ropa oscura se ven de izquierda a derecha la abuela Leonor y la tía Margarita. Adelante y de pie, mi mamá, Lucía. Más atrás, el abuelo Ramón y el tío Toño

### Sabores de El Silencio

Todo pasaba entre la cocina, el corredor y el lavadero. A esa triple frontera, que hasta entonces para mí había sido la descubrimiento de amores y amistades molino para lograr una pasta muy molcas es mezclar una taza de almidón de vida contenta y sin preocupaciones, lle- que prometían ser para toda la vida; la deable y uniforme a la que se le agrega yuca con dos de queso rallado —queso gó Cagao, un trabajador de la hacienda crueldad y la cofradía que brotaban de panela raspada al gusto. También se le El Orillo que, con gritos tristes y sin bajarse del caballo, avisó que mi abuelita Leonor se había muerto. Mamá, papá y el tío Toño estaban de pesca en el río Cartama. Rosa María, la esposa del tío Toño, cuidaba de mí mientras hacía oficio en El Silencio. A pocos metros de esa casa, en una chocita de tablas y paja, había nacido mi mamá 31 años antes. Con cinco años, vi a mi mamá partirse en pedacitos cuando esa misma noche, en medio de un aguacero afilado, llegó el ataúd con la abuelita muerta: un infarto fulminante se la llevó pocos días antes de cumplir los sesenta años. A mi hermana Ana, en Itagüí, le tocó escuchar la caída de la muerte y pedir ayuda. Como luego pasó con mamá, la abuelita Leonor murió por males del corazón muy,

espacio-tiempo en donde aprendí lo cos que la contrataban en temporada

el juego y la dicha prolongada de las vacaciones; las angustias pasajeras o enquistadas de las disputas familiares más mezquinas o más inocuas; la fiesta navideña eufórica e irrepetible; el un mar de aguardiente; la comitiva y el amor por la comida compartidos con primas y primos debajo de la sombra de un palo de mangos; el sonido atronador de la pólvora; la incomprensión de la enfermedad más atroz que cae sobre la gente más noble y buena; la barbarie con la que los paramilitares exterminaron la tranquilidad y a familias como la de doña Marta; el dolor que diluye y nubla para siempre la existencia cuando se muere la madre.

Rosa María era capaz de hacer mucho, de todo, en tiempo récord: despescuezar una gallina criada por ella misma, despresarla y alzar un sancocho en fogón de leña, lavar cantidades incompresibles de ropa con jabón azul y a mano, preparar un remedio para el guayabo o la picadura de un tábano, co-El Silencio es mi raíz materna y el rrer a la finca vecina a cocinarle a los rimás amable y terrible de la existencia: alta, volver para darnos el almuerzo, con pereza pero muy rico. ©

correr de nuevo a donde los patrones ricos, imaginar nuevas obras en la finca solo posibles con dinero imaginario, armar arepas a mano, coser vestidos de baño, mermar volumen al radio, contarnos historias de mi abuelita Leonor o de los tiempos de noviazgo con el tío Toño. Rosa podía con todo, nunca nos mandaba a nada y nos enseñaba algunas cosas de buena gana, como no interrumpir a las gallinas cuando dan señas de que van a poner el huevo, nunca arrancar las frutas de los árboles acalorados, pasar en cierta dirección el cuchillo para limpiar el pescado sin que las escamas vuelen en todas las direcciones y batir con mucha fuerza, con tenedor y sin descanso, las claras de huevos con azúcar para lograr un ponche muy esponjoso.

El recuerdo de los días de vacaciones en El Silencio me sabe a un transistor que sintoniza Radio Santa Bárbara en la mesa del corredor, y a unos huevos amarillitos revueltos en manteca de los cerdos criados por el tío Toño y Rosa María.

### Chocolatinas caseras de tierra templada\*

**Lo primero,** luego de cosechar el cacao y extraer sus granos frescos, es lavarlos muy bien y secarlos con un paño. Lo segundo es el secado del cacao con mucha paciencia, al sol, durante varios días y hasta que estén bien secos y crujientes. Este proceso puede tardar una o dos semanas, dependiendo del clima. El tostado es el tercer paso, ahí se calientan los granos sobre una callana o parrilla de hierro en las brasas del fogón de leña sin permitir que se quemen; el olor que se expande por la cocina, los corredores y cercanías es muy agradable en este punto. Lo cuarto es el descascarillado. Cuando los granos están fríos, se pueden frotar con las manos o con ayuda de un molino para retirarles la cáscara, pues esta no es comestible y puede afectar para mal el sabor de las chocolatinas. En el quinto paso se muele el cacao con ayuda de una máquina de moler bien limpia y seca; se puede pasar varias veces por el pueden integrar especias como canela. En estos últimos instantes, quizá por la cercanía al calor del fogón de leña y al manipularlo con manos, ya el cacao libera sus aceites y se hace moldeable. Según el gusto, es posible armar bolas, pastas o pastillas que se pueden almacenar en un lugar fresco para luego hacer chocolate de taza. Las que están en esta memoria familiar son unas chocolatinas recién hechas, naturales por completo, que comíamos en El Silencio de inmediato y con todo el gusto.

\*Esta receta se originó en el relato y saberes de mi papá, Fernando Antonio Sánchez Vergara, quien presenció varias veces la cosecha del cacao en El Silencio (Támesis) y el modo en el que preparaban las chocolatinas entre mi abuelita Leonor (su suegra), mi tío Toño (su cuñado) y mi mamá, Lucía, su esposa. Mi papá, ahora que es pensionado, cocina



# NO DESPUNTA EL ALBA

"La noche los reunía al mismo tiempo que a las estrellas. Se juntaban a dormir en el Portal del Señor sin más lazo común que la miseria, maldiciendo unos de otros, insultándose a regañadientes con tirria de enemigos que se buscan pleito, riñendo muchas veces a codazos y algunas con tierra y todo, revolcones en los que, tras escupirse, rabiosos, se mordían".

Miguel Ángel Asturias

Sancho me acompaña: cojeando, trastabillando, con la lengua afuera. Yo también rengueo. Llegamos al puente de Guayaquil, una mole ruinosa de ladrillos carcomidos, y bajamos a la orilla del río empujando la maleza. El agua corre en línea recta, sin espirales, en putrefacta romería hacia el norte, más allá del valle.

Parece que va no vienen a nuestra espalda. Se habrán detenido en algún lugar entre la Plaza de las Luces y el cruce de la autopista, o la policía los habrá riando, insultando, escupiendo odio.

Los ruidos de la ciudad no se escuchan bajo el puente. Sancho se acuesta, se enrosca, cierra los ojos. Las patas delanteras le tiemblan involuntariamente, sin detenerse nunca. Lo mismo la cabeza, que se mueve hacia los lados, ner"Sentado sobre una cornisa rocosa que dominaba el valle, Perro aullaba a la luna".

Alejo Carpentier

### por MIGUEL OSORIO MONTOYA

• Ilustraciones de Cachorro

detenido. Pero los vimos: venían inju-rocío; desde el sur, siguiendo el río, corre una brisa fría.

Echo la ceniza en la pipa, las manos trémulas, y le doy candela. Las volutas, diría el poeta, se elevan al cielo. A los ladrillos del puente se los han comido el tiempo y los bazuqueros. Me recuesto y Sancho apoya su cabeza inquieta soviosa. Tiendo un trapito y lo ayudo a bre mi muslo. Lo acaricio y él me mira

una uchuva. Bajo el puente hay paz, el silencio es denso, apacible, y solo se escucha, como un eco, el murmullo de la ciudad dormida.

Enciendo la pipa de nuevo, mantengo el humo en la garganta y lo suelto.

Te voy a contar una historia, Sancho. Pasó hace un siglo, en este puente ciante o un minero, un hombre que meque hoy ves derruido. No recuerdo la fe- jorara su condición. Se casaron por allá acostarse. La maleza está húmeda por el con esos ojos amarillos, redondos como cha, porque hace mucho tiempo la leí, a finales del siglo XIX, antes de que la

cuando fui a la universidad... Bueno. Aquí fusilaron a Jesús Tamayo, un minero de Remedios, como mi papá. Tamayo envenenó a su esposa con estricnina y ella, antes de doblarse sobre sí, rugiendo con las tripas, lo delató en público: "Ahora sí te podés casar con esa otra allá en Remedios", dijo, y se desplomó.

La mujer se llamaba María Josefa Echavarría o Echeverri. Era enjuta, pobre, morena; trabajaba en oficios propios de su ralea, en casas de familias bien acomodadas. Limpiaba, barría, cuidaba a los niños. Los domingos, esta parte sí la agrego yo, iba con los patronos a los baños públicos a cuidar de los niños mientras los señores tomaban aguardiente y comían empanadas.

No recuerdo cómo se conoció con Tamayo, no sé si la historia lo precisa, pero ella, como todas las de su clase, añoraba un matrimonio con un comerguerra de los Mil Días asolara los campos. Al principio, Tamayo, un hombre robusto, de bigotes engomados, se portó como un gentleman: sobrio, comedido, se deshacía en halagos y zalamerías.

Dice la historia, Sancho, que Tamayo se fue para Remedios, un pueblo minero, muy católico. De allá era mi papá. No hay detalles de qué pasó durante ese viaje, pero cuando volvió era un hombre sombrío, parco, borracho. Tornó las caricias por golpes y las lisonjas por insultos; Josefina Echavarría o Echeverri continuó abnegada, trabajando en casa de una familia muy respetada. Cuentan que nunca la vieron llorar por el cambio fatal del marido, ni la escucharon lamentarse.

Sancho, como intranquilo por la historia, gruñe y abre los ojos amarillos. El río ha aumentado de caudal: brama como Sancho, arrastrando palos, botellas, un colchón, un mueble, una nevera. No, el río no tiene tanta fuerza. Vierto otro tanto de ceniza sobre la pipa, le doy candela. Las volutas, en curvas insinuantes, lascivas, desaparecen. Alguien camina por el puente. Desde abajo escuchamos que se detiene v rasca los muros, como lo hemos hecho nosotros.

En la época de Tamayo, Sancho, el río no estaba encauzado, sino que corría libre, ancho en el invierno y fino en el verano. La ciudad estaba dividida en dos bandas, oriente y occidente. La quebrada Santa Elena, sobre la que hemos pasado arrastrando los pies, corría sin techo hasta juntarse con el río, cayendo desde las montañas del oriente; justo al frente desemboca La Iguaná, que baja dando tumbos y saltos, formando una espuma briosa, como de perro rabioso, desde Boquerón, que se eleva en el occidente.

Acaricio a Sancho y escucho que su estómago, como el río, ruge. Dejo la pipa a un lado, vierto el ripio quemado sobre la hierba húmeda y lo abrazo. Temblamos juntos mientras los carros pasan por la autopista. No vienen los que nos perseguían.

Escucha esto, Sancho: volvió Tamayo de Remedios con intenciones de reanudar su vida marital. Volvieron sus zalamerías y sus halagos, sus caricias y sus detalles, pero Josefa desconfió de sus intenciones. Una tarde, como ella se negara a salir con él, llamó Tama-

pareja tomó la calle del Ciprés y se detuvo en la tienda de un señor Idárraga o Ibarra; el hombre pidió una botella de vino destapada, dio un sorbo largo para despistar, y estiró el trago hacia ella, que de nuevo se negó. Montado en cólera, como dicen los retóricos, le dijo a su mujer que, si no bebía, moriría en la punta de un cuchillo.

Ella bebió sospechando lo peor. Su marido había vertido estricnina en la botella de vino. No tardó mucho la mujer en doblarse de dolor, con las vísceras en fuego. Él la miró con odio, los ojos brillantes, el labio superior replegado; entonces le dijo que no llegaría caminando hasta el Bermejal. Y no lo dijo en balde, Sancho, porque encorvada, casi arrastrándose, llegó a la casa de un doctor Restrepo o Ramírez, quien determinó que la mujer moría a causa de un envenenamiento. Cuentan que antes de derrumbarse, antes de hacerse ceniza y desvanecerse, dijo algo así: me mataste para irte con Nepomucena (o Fermina), pero queliace, en el cielo nos vemos.

¿Por qué te cuento esto, Sancho? Porque a Tamayo lo fusilaron encima de este puente, durante una tarde gris y lluviosa, parecida a esta noche. Cuentan que el reo llegó tranquilo, arrastrando los pies, la cabeza gacha, una mirada de vido, hasta que vuelve la ansiedad y el tristeza insondable. Con presencia del alcalde se celebró la misa y se invitó al sentenciado a comulgar; luego tomó el desayuno y se vistió con la ropa dispuesta para la ocasión: un pantalón negro, una gorra y una chaqueta del mismo color, presagio infausto de su destino.

Estoy aterido, me duelen los dedos. Nadie habla del frío de esta ciudad primaveral. Será mejor fumar un poco, encender la pipa, dejarse calentar por el humo. Estate quieto, Sancho, para que las convulsiones no se repitan. Ya terminaré la historia.

Saco del pantalón el frasco de jarabe, le agarro la trompa a Sancho y le hago tomar el líquido espeso, amargo, que mancha de rosa sus bigotes. Refunfuña, estornuda, muestra los dientes, pero traga. Yo enciendo otro cigarrillo y dejo que se queme, lento, para echar las cenizas en la pipa. Aspiro, retengo el humo en la boca, lo suelto y toso.

Me tiemblan los pies, me sudan las manos. El río sigue arrastrando palos, botellas, neveras: una casa campesina yo a la policía y un agente ordenó que se despeña dando tumbos, chocando el parque, sobre las palomas, las ceila mujer acompañara a su esposo. La con las orillas. No, el río no tiene tanta bas y el libertador en su caballo. Nos

fuerza. Cierto, ¿Sancho? Bocarriba, detallo los ladrillos del puente, roñosos, lijados. Se los han fumado como se fumaron la catedral de Villanueva, adobe por adobe, pero eso va lo dijo un escritor genial, y poco hay por agregar. Desde el río ya no se ven las montañas como antes: vemos fragmentos entre los edificios. Una, dos, cien, doscientas, mil, dos mil casas, un millón de casas desordenadas, encima la una de la otra, sobre la montaña inerme que ofreció sus suelos a los campesinos, a los desplazados y a los truhanes.

Sancho, me duele la cabeza: ríos como el Medellín palpitan en mis sienes. No te preocupes, es el efecto de esta porquería. El humo entra en los pulmones, pesado, y sube al cerebro, se enquista allí por un tiempo corto; no siento hambre, sino una euforia que se transforma en ansiedad, en un desenfrenado latir del corazón; los dedos inquietos, las rodillas flojas, como desencajadas. ¿Y por qué sigo fumando esta mezcla horrible de colilla de cigarro, ladrillo, acetona y no sé cuántas inmundicias más? Porque no me queda de otra, porque en el humo oscilante se van los recuerdos, el dolor, que suben al cielo, mientras yo me quedo acá tendido, como ahora, menos grátrepidar del cuerpo.

La mamá: la mamá de los gatos. Es un hombre, una mujer, qué sé yo. Se paró de un salto y regó por el suelo las cajetillas de fósforos y las monedas. Entonces comenzó nuestra huida por calles intestinales, entre parques fantasmales y ruinosos, esquivando paredes corroídas y desconchadas por nuestros orines.

Sucedió esto hace unas horas... No te muevas mucho, Sancho, que cuando te agitas te dan esos ataques horribles. Quédate quieto, que la noche es fría: el caudal del río ha disminuido y ya no arrastra palos, no ruge. El ruido de la autopista se ha disipado y parece que nadie camina por el puente. Quieto, Sancho, quieto, que la noche va a terminar.

La mamá de los gatos estaba sobre una banca, las piernas cruzadas, sosteniendo un cigarro en la mano derecha. Al fondo, la catedral de infinitos ladrillos que proyecta su sombra sobre sonrió al vernos y acarició la cabeza siempre trémula de Sancho. El cigarrillo se deshacía lento, prisionero en sus dedos largos coronados por uñas acrílicas, mientras echábamos la ceniza en la pipa, sobre el polvo amarillento. Frente al Lido, bajo la sombra de la enorme catedral, nos sentamos en el suelo y comenzamos la partida.

—Cuéntate una historia, poeta dijo la mamá de los gatos.

Cada tanto nos encontrábamos en el Parque Bolívar, en Niquitao, en Cúcuta, en La Paz, y yo la (¿o lo?) entretenía con historias de asesinatos de la Medellín colonial o republicana: un presbítero asesino, una familia entera ajusticiada en una finca de Aguacatal, una ascensorista desaparecida y luego descuartizada. La mamá de los gatos reía con gusto, el cuerpo hacia atrás, las piernas distendidas, y decía que aquello no era posible, que tal vez podía pasar hoy, pero no hace cien años.

Esas historias te las contaré en su momento, Sancho, pero ahora quédate quieto; esperemos el amanecer.

La mamá de los gatos tenía más historias por contar que yo, pero las callaba porque las suyas eran ciertas, con peligros inminentes y estaban repletas de puñaladas, coágulos de sangre, orgías y calabozos. Las mías, en cambio, se remontaban a tiempos pretéritos.

Comenzamos a jugar en silencio, lanzando una y otra vez la cajetilla de fósforos y las monedas. Encendimos la pipa, fumamos mientras caía la tarde. Bajo los dinteles de la catedral, que siempre tiene las puertas cerradas, se acomodaron los durmientes andrajosos, de rostros curtidos como nosotros; el cura salió por el lateral, igual que todas las tardes, con la mirada fija en el suelo para no reconocer el círculo infernal que, seguro, se le colaba por la nariz.

Con el humo en la cabeza le conté varias historias a la mamá de los gatos. Hombres sin oficio ni beneficio, podíamos darnos el lujo de tendernos en el suelo mugriento y echar un cuento tras otro, mientras la gente pasaba rauda de camino a Junín. Sancho dormía sobre el trapo que le cargo, la cabecita dando tumbos contra el pavimento, las manos contraídas y crispadas.

Estate quieto, que ya va a amanecer. Otro techo buscaremos.

Entonces llegaron los tres hombres. Eran siempre ellos tres, los de la vuelta



20 ( # 143

que sacaron a los anteriores de la vuelta; solían ir y venir por el parque contando billetes, mascando chicle, escupiendo...

Ya había oscurecido cuando aparecieron; en las puertas de la catedral, recubiertas con aluminio para evitar daños sobre la madera, temblaban las sombras de los desarrapados que encendían

salto y regó por el suelo las cajetillas de ma amarilla, rabiosa, que dio contra el de carne amoratada. fósforos y las monedas. Quedó de cara a los tres hombres que la miraban con un odio como anclado en un pasado de galeones, sotanas v jubones.

—Ya les dijimos: ino más maricones en el parque!

El que habló, gordo y achatado, escupió y torció la boca; se mandó la mano a la entrepierna y encaró a la mamá de los gatos, que estaba ya en frente suyo, de pie.

los gatos—, yo ya estaba acá antes de entonces aproveché para sostener la caque ustedes nacieran

amarillos que brillaron como una veta de oro en el fondo del socavón. Yo me pronto sobre el suelo, espumosa como quedé quieto, de cuclillas, sosteniendo

—Ya le advertimos —dijo el segundo—. iLos maricones a Barbacoas, el parque lo manejamos nosotros!

Con el grito, los que dormitaban en los dinteles se levantaron temblorosos, confusos, legañosos.

—A Barbacoas voy a dormir, lo demás lo hago en el parque.

Silencio, Sancho. Alguien camina sobre el puente. Apago el cigarro que se desamparo, acudieron a mi boca; saliedeshace en cenizas. No deben ser ellos, ha de ser Tamayo el que vaga por ahí con el sombrero en la mano v el esternón partido. No te preocupes, no hace daño; mañana te contaré historias de bre la podredumbre! fantasmas, por ahora duerme tranquilo, que el alba nos espera.

Entonces un silencio se cernió sobre el parque. La mamá de los gatos, fiera, dio un paso adelante, las uñas afiladas, las manos empuñadas.

Pero el primero en golpear fue el gordo chato, que derribó a la mamá de que hasta entonces habían permanecido al margen, se abalanzaron sobre ella (¿o él?) y comenzaron a patearle las coschillaba, maullaba, hasta que comenzó que brillaban bajo los reflectores de la

que habían implantado el orden desde catedral. Los que estaban bajo los dinteles miraban la escena sin intervenir, estáticos bajo la sombra de las enormes puertas de madera.

No hubo lev divina o mundana que detuviera a los tres hombres en su frenesí de odio; las bocas fruncidas, los dientes castañeando, los estúpidos labios belfos, hasta que Sancho se estremeció y tembló, primero suavemente, después La mamá de los gatos se paró de un con violencia, y de su boca brotó la espupavimento, cerca de las gotas de sangre de la mamá de los gatos.

Esos ataques horribles, Sancho, en los que el tiempo se detiene y tu cuerpo estremecido choca con el mundo al compás de golpes secos, rotundos, y tus ojos áureos se tornan en vulgares piedras blancas... Ya barrunto el alba, Sancho. El río corre apacible.

Solo el ataque de Sancho detuvo la ignominia. Los tres hombres perma-—Ay, mis amores —dijo la mamá de necieron unos segundos en silencio, y beza errática que daba tumbos. Fue un Sancho se despertó y abrió los ojos ataque horrible, Sancho, de una violencia inusitada; la saliva se amontonó el agua de este río en podredumbre. La mamá de los gatos quedó bocabajo, la meiilla izquierda contra el suelo mugroso: respiraba con estertores roncos, guturales, que descorazonaban.

> Los tres hombres comenzaron a reír, los labios belfos y las caras inclinadas hacia atrás. Tenían las mejillas porosas, las narices torcidas, las cejas monstruosas.

Fue entonces, Sancho, cuando las palabras, arrastradas por el humo y el ron de las brumas del olvido. Palabras creadoras, leídas hace décadas, que brotaron de mis venas y mi sangre:

—iAlumbra, lumbre de alumbre, so-

Y la podredumbre somos nosotros, Sancho, que deambulamos en la larga noche, que hacemos del cemento nuestro lecho, que pisamos los jardines y marchitamos las flores, que tornamos en hedor el perfume de la primavera...

El tiempo se detuvo, Sancho, y tu convulsión se fue apaciguando, tus uñas los gatos de un puño seco; los demás, dejaron de rascar inútilmente el pavimento, tu cabeza cesó de golpear contra

—iLuzbel de piedralumbre! iAlum-

sobre el más bravo, el gordo chato que había escupido sobre el suelo y sobre la mamá de los gatos. El ataque fue tan de improviso que los otros dos se quedaron quietos, los ojos escurridos de terror, las bocas angulosas. La mamá de los gatos se movió, tosió con un tono hondo, húmedo, y escupió un negro goterón sobre el pavimento. Luego levantó la cabeza: los ojos grotescamente inflamados, empequeñecidos bajo los gruesos pliegues

Cuando tu mandíbula se cansó, Sancho, el gordo sangraba, y los otros dos, desprovistos de su arrogancia, intentaban destrabar tu mordida furiosa, enquistada en la piel lívida. Una vez lograron la apertura de la boca, que cedió y dejó los colmillos rojizos al descubierto, comenzó la huida; detrás nuestro el torrente de improperios, de atrocidades que nos persiguieron por las calles colmadas de hombres extraviados, encorvados, de pesadas jorobas, hombres que en la noche anidan en las bancas o entre los jardines, esperando, como nosotros, un amanecer que no despunta jamás.

Y en el parque, bajo la luz amarilla de los postes, quedó en silencio la mamá de los gatos, tendida en soledad, derrotada, a la espera de que las grandes puertas al fin se abrieran.

Queda poco polvo en la pipa. No importa, en la mañana saldremos en busca de otro techo, iremos al Bronx o a Lovaina, sobreviviremos.

Antes de que amanezca, Sancho, terminaré la historia de Tamayo, ¿recuerdas? Sigue durmiendo, ten un poco de paciencia. Luego de matar a María Josefa, el hombre fue acusado y juzgado. Su mujer, retorcida de dolor, alcanzó a contar la historia de la botella de vino y el subterfugio de su esposo, que hacía tiempo tenía una querida en Remedios, no precisamente

Fue un periodista el que recogió la historia. El cronista fue a la cárcel a entrevistarse con el asesino, pero no le dirigió la palabra; se sintió intimidado por ese hombre ceñudo, de mirada triste, que apaciblemente, dentro de un recogimiento monacal, pedía confesar su alma.

Cuentan que Tamayo caminó tomado del brazo por un coronel, desde la calle de la Amargura hasta el puente, y que en el travecto alguien le dio un trago de aguardiente que empinó sin fruncir el ceño. Doblaron los tambores, repercutieron los pasos sobre el suelo, volaron las aves espantadas. Tamayo estaba condenado a ser el primer ejecutado del siglo y el último en morir sobre el cadalso.

Escucha, Sancho: la gendarmería abrió fuego contra Tamayo, que estuvo quieto, impasible, con los ojos vendados, ciego ante las catorce bayonetas que tronaron en la tarde de domingo. Cuenta el cronista que el cuerpo del fusilado cayó desastillado, doblado, con el esternón partido. Una modesta concurrencia, casi todas mujeres vestidas de negro, se disipó prontamente para volver a sus quehaceres domésticos, y la noche fría, repetitiva, envolvió al valle.

Mucha agua -iy muchos muertos!— ha corrido bajo el puente desde entonces, literalmente. Estoy aterido, el alba no se asoma. Un poco más de candela, de calor en la piel. Voluptuoso, ondulante, el humo se eleva y se pierde en la oscuridad.

Mañana te contaré una historia más alegre, una que sea menos diciente sobre esta ciudad. ¡Qué esperanza la nuestra. Sancho, con este eterno peregrinar, con este largo transitar que no se detiene y se repite siempre igual!

De nuevo, alguien camina sobre el puente. Es Tamayo, Sancho, el que se pasea con el esternón partido, el sombrero ahuecado en la mano, los labios exangües. Lo veo. Decía mi papá, cuando íbamos a Remedios y nos asomábamos a los socavones, que hay que temer a los vivos v no a los muertos. Nada puede hacernos Tamayo.

Ya columbro el alba; sí, sí, sobre el oriente despunta el nuevo día. Mañana te contaré otra historia, Sancho, sobre un presbítero que, en un ataque de cólera porque le negaron una limosna, atacó a un fiel a cuchilladas hasta que resbaló con la sangre. No, no, ahora recuerdo que te prometí algo menos alegórico a esta ciudad. Déjame pensarlo...

Y justo antes del nuevo día, de que las montañas salgan de su brumoso escondite, comienzan el temblor, los golpes secos, estridentes, furiosos contra

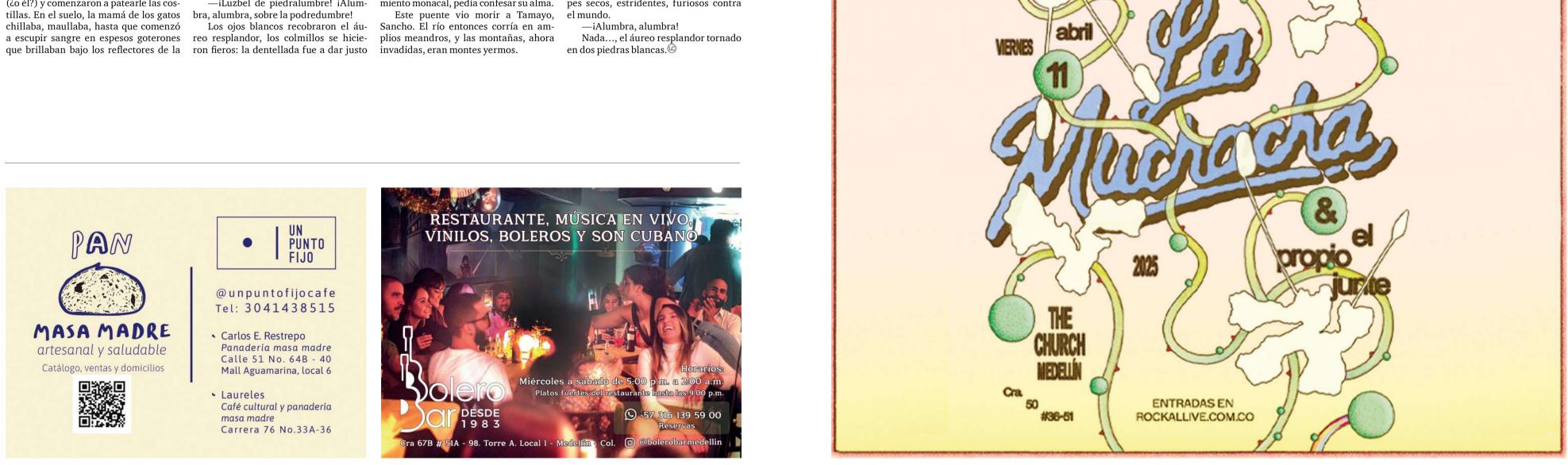
# MIS **PRIMEROS** SETENTA Y OTROS DÍAS Eduardo Escobar

Esta y otras memorias de Eduardo Escobar, el penúltimo de los nadaístas, puedes leerlas en el libro más reciente de Universo Centro.

Recuerdo la estupefacción tranquila que experimenté cuando, con un toque de envidia, vi el primer perro lamiéndose la rosada verga con serenidad filosófica en algún portal envigadeño cerca del descampado donde aterrizaban los circos.

Cómpralo leyendo el QR o en tienda.universocentro.co







### Los 10 del 9

Hace diez años murió el 9, Albeiro Lopera, un testigo de pleitos y violencia en Medellín, un protagonista de punk y películas con calle, un todero de talla y bota tubo. Trabajó en la agencia Reuters, mecaniquió en La vendedora de rosas y le hizo el coro a la *Lavandería real* de Bajo Tierra. Un punkero que no entraba con los taches arriba. Desde UC va un rebobinado y un homenaje: un fragmento del libro de Alfonso Buitrago sobre un mito de El Guanábano.

# LA INVENCIÓN

por ALFONSO BUITRAGO



En el Parque del Periodista hizo amistad con John Jaramillo y Gloria Uribe, dos de los socios fundadores del bar El Guanábano, quienes lo acogieron y le abrieron las puertas del negocio. En el bar conoció al artista Álvaro Correa, muy punk, de fiesta, de música, y a él le lo impenía. Un barrio de aspecto gris y a apenas unos años mayor que él, quien manada de "refugiados" a la que él llama la "fraternidad de El Guanábano".

—Uno intuía una dulzura y una sabiduría de la calle en el 9. En medio de su rudeza y hosquedad era tierno. Había más maldad en nosotros. La gente ta, taches y botas, era de pulpa blanda, de afuera nos veía como unos perdidos, pero estábamos perdidos producto de una gran curiosidad —dice Álvaro.

—Ey, Alvarito, dejame entrar a tu clase, yo tengo unas ideas...—le decía el 9.

Álvaro dictaba las materias Tridi-Plásticas y accedió a recibirlo como asistente. El 9 no se relacionó mucho con los estudiantes matriculados y se dedite. Al interés por la fotografía le sumó nías y obras de arte. la escultura con piñones, tuercas y tornillos en desuso. Una materia prima Warhol—dice la Mona.



etimológicamente acorde con un incipiente artista punk. —Encontré más compromiso en él

Ahí mismo, en El Guanábano, en 1994, conoció a la Mona, una chica cindo fotografía en la Academia Yurupary. —La Mona era una loca, sin freno. El

9 la protegía, le daba regalitos. La gen-

te pensaba que ella lo estaba salvando, pero era al revés —dice Álvaro. Era hija de un médico prestigioso y tenía un estudio donde fotografiaba a pacientes de cirugía estética. Una "niña bien" del barrio El Poblado que ganaba

mucho dinero con el antes y el después

de unos cuerpos modificados. —Cuando lo conocí estaba haciendo esculturas con repuestos viejos de carro. Eran unos candelabros que hacía en la azotea de la casa de La América —recuerda la Mona—. Nuestra relación era llamó la atención que yo fuera fotógraempezaba a dictar clase en la Universi- fa. Le mostraba fotos, le prestaba libros engrasados, comerciantes de repuestos dad Nacional. Álvaro hacía parte de esa y nos íbamos con la cámara para Baylleno de vida marginal, encarnaba su rrio Triste. Me gustaba como se vestía, lo burdo que era, su sentido del humor. Siempre tenía algo nuevo que mostrarme o contarme.

El 9, a pesar de su coraza de chaquesuficientemente dulce (o amarga) como para seducir a la niña de clase alta. Con ella probó que era capaz de conquistar a una mujer de una familia y un origen muy diferentes a los suyos. Se enamoraron y se pusieron a trabajar juntos. mensional I y II de la carrera de Artes El estudio de la Mona era una casa con cinco habitaciones y patio, en el barrio Laureles, que compartía con artesanos, artistas, fotógrafos y cineastas. Allí se có a poner en práctica las ideas que le hacían documentales, películas, fotobrotaban de ver chatarra en Barrio Tris- grafía publicitaria y de moda, artesa-

-Era como La Factoría de Andy

En esa maquila de deseos e ilusiones, el 9 intuyó un porvenir diferente a la mensajería, uno en el que podría dedicarse a la fotografía y, además, se dio cuenta de que podía ser malo sin hacerle daño a nadie. Se expuso a un ambiente creativo que lo llevaría a incursionar como actor en producciones cinematográficas, en las que dejó ver su talento e histrionismo en roles que parecían hechos para él. Allí conoció al director de cine Víctor Gaviria y a una generación de jóvenes que quería aprender a contar historias en la pantalla grande y componiendo canciones, como varios integrantes de la banda Bajo Tierra, que se unieron al equipo de trabajo de Gaviria cuando en 1996 empezó el rodaje de .

La película no podía ser más propicia y atractiva para el 9, pues muchos de los personajes provenían de las calles de Barrio Triste, un lugar que él conocía v quería como propio. A lo largo de su vida, solo dejó de visitar y fotografiar ese lugar cuando su enfermedad se la vez colorido, de mecánicos callejeros preferencia por la gente humilde, lo que en términos sociológicos podríamos llamar "su conciencia de clase".

En Barrio Triste, la Mona también conoció una clase social diferente a la que pertenecía, y empezó a visitar el lugar con el 9 para fotografiar a los habitantes del barrio. A veces los llevaba al estudio y les hacía retratos de gran formato, que su tiempo de mensajero. Papá Giovanampliaba en el cuarto oscuro con papel ny se convertiría en uno de sus mejopegado a la pared y echándoles el reveres amigos y después trabajarían juntos lador y el fijador con una trapeadora — como enlaces y guías en proyectos inaños después, con esos retratos, la Mona haría una exposición en Nueva York—. El 9 le ayudaba en el cuarto oscuro y así se fue acercando al oficio de fotógrafo de riodista Eliza Griswold para la revista manera profesional.

En el rodaje de La vendedora de rosas, el 9 conoció a Gloria Nancy Mon- años en Colombia como fotógrafa freesalve, encargada del tras escena de la lance de la AFP y luego había estado en

película, quien luego dirigió Alexandra Pomaluna —una adaptación del cuento Bola de sebo, de Guy de Maupassant—, su segundo cortometraje. Gloria Nancy fue la primera en ver en el 9 a un personaje de película. El asesinato de otro amigo punkero, conocido como el Botas, y con quien Gloria Nancy había caracterizado al antagonista de su corto, le dio la oportunidad al 9 de ser actor, de hacer de malo en la ficción.

—De una me dijo que sí, no lo dudó un segundo —recuerda Gloria Nancy.

El asesinato de un amigo lo sacó de la realidad de Bello; el de otro, lo metió en el mundo de ficción de Medellín. Y una vez más, sin tener idea del oficio, por intuición, curiosidad o necesidad, Albeiro asumió con desparpajo un encargo desconocido. Alexandra Pomaluna (estrenada en 1998) es la historia de un travesti que llega a un barrio popular y se encuentra con el rechazo de sus vecinos, luego con una empatía por conveniencia y finalmente vuelve a ser despreciado.

—El 9 hace de antagonista, un personaje que se llama el Chardi, que hace que se propicie un vínculo entre la cuadra y el travesti —dice Gloria Nancy.

El Chardi se roba a un niño, el único amiguito de Alexandra en el barrio, y lo usa para someterla y humillarla. Finalmente, el Chardi es asesinado por el Tío, un personaje caracterizado por Giovanny Patiño, quien había actuado en La vendedora de rosas y era un líder social de Barrio Triste, conocido como Papá Giovanny, a quien el 9 conocía desde ternacionales de periodismo y de fotografía, como el realizado en 2003 con la fotógrafa Meredith Davenport y la pe-National Geographic.

Meredith había trabajado varios



## DE SÍ MISMO

Ilustraciones de Camilo Restrepo

países en guerra como Sudán, documentando para la National Geographic las consecuencias de vivir en medio de un conflicto permanente. Quería seguir explorando el mismo tema en Medellín a través de las historias de cinco personas que vivieran en una cultura atravesada por la violencia. La publicación causó polémica entre las autoridades de la ciudad. El artículo, titulado "Medellín, historias de una guerra urbana", fue publicado en 2005, cuando lo único que la ciudad quería mostrar afuera era su "cara bonita". La entradilla del texto muestra la forma como la revista extrajera entendía lo que estaba pasando en Medellín: "Violencia, drogas y pobreza son una mezcla mortal en la notoria capital colombiana del asesinato. ¿Hay espe-

ranza para un cambio duradero?". -El 9 se mimetizó mucho con su personaje en Alexandra Pomaluna y se veía muy malo —dice Gloria Nancy—. Era un grinch, huraño, serio y bravo, pero precioso. Nos reíamos mucho y actuó muy bien. Un día estábamos grabando en el bar Vinacure, estábamos amanecidos, cansados y nos querían echar de la locación. A las seis de la mañana estábamos a punto de tirar la toalla y nos faltaba una escena en la que el 9 tenía que entrar a una pieza donde tenía al niño secuestrado, se daba cuenta de que se le había escapado y se tenía que enfurecer con sus secuaces. Era una toma única, había cincuenta ojerosos esperando a que quedara como quedara, y el 9 entró a la pieza y lo primero que dijo, muy amanerado, fue: "Ay, brutas, el niño, ¿dónde está?". Con eso tuvimos para descosernos de la risa.

El director alemán Barbet Schroeder, quien por esa misma época preparaba la grabación de La virgen de los sicarios (estrenada en el 2000), basada en el libro del escritor Fernando Vallejo, vio Alexandra Pomaluma y se enamoró de la historia. La hizo subtitular al inglés, la envió a varios concur-

en su película, en la que es un baterista punkero que resulta asesinado por Alexis, el amante del protagonista.

Al estudio de la Mona en Laureles también iba Fredy Builes, amigo del 9 desde la época de Bello y con quien se había reencontrado en el barrio La América, cuando Fredy estudiaba teatro en la Escuela Popular de Artes. Fredy era cuatro años menor que el 9, bajito, de barriga incipiente, carirredondo y de ojos saltones. No podían ser más diferentes y complementarios, como El Gordo y El Flaco en tierras montañeras.

Fredy prefería el rock y era de apa-

riencia *hippie*, pero de espíritu práctico y alma de comerciante, mucho más acorde con el estereotipo de un paisa nacido en Bello. Sus prioridades eran las mujeres, el sexo y la buena vida. No quería ir en contra de nadie y al reencontrarse con el 9 decidió seguirlo adonde fuera. El 9 se fue convirtiendo en un padre putativo, en su mentor. Se pasó el resto de la vida reprendiéndole su gusto por las mujeres y sus deseos morbosos, y ayudándolo a salir adelante. Fredy trabajaba como mensajero de un laboratorio dental, pero la mayor parte del tiempo se la pasaba con el 9 en paseos, fiestas y conciertos. Se iban a acampar al golfo de Urabá, donde sobrevivían vendiendo ropa de segunda que Fredy llevaba en un maletín desde Medellín. En Medellín, tierra de textiles, vivieron la época de la Lavandería Real, un local desocupado de una famosa lavandería del centro de la ciudad donde la banda de rock Bajo Tierra participó de varias fiestas y en 1997 hizo el lanzamiento de su disco homónimo. El trabajo incluía canciones como *Todo bien*, que expresaban el sentimiento de la generación del 9 en la década de los noventa: "Y me mezclé v todo mezclé / no hubo nada en la requisa / no hubo toque en el retén / v mezclé, de todo mezclé / ten cuidado en los cruces / y a la final coroné".

—El 9 iba con una cresta de la cabeza a la cola. Fue roadie, consejesos y escogió al 9 para que apareciera ro espiritual, aguatero, compañero de

libaciones, fiel seguidor y crítico del grupo —dice Camilo Suárez, vocalista de Bajo Tierra entre 1994 y 1997.

Iba a esas fiestas de la lavandería con Olafo, el San Bernardo que había comprado luego de empeñar su cámara fotográfica.

—Salía borracho de la Lavandería Real, con la arrogancia de los punks de la época, y después lo veía dormido en una acera encima de Olafo —dice Fredy.

En el estudio de Laureles, Fredy y el 9 vivían en función de la fotografía y del mundo audiovisual. Llegaban modelos y reinas de belleza con una prescripción médica para que la Mona les tomara fotos a las cirugías que se habían hecho, y Fredy y el 9 se peleaban por estar en las tomas. La Mona tenía que mandarlos para el patio para que no espantaran a los clientes. Las pacientes se desvestían, se ponían una bata y querían salir de ahí lo más pronto posible.

—iMona, Mona! Andá revelá las fotos que queremos pillar —le decía el 9 y

se metía con ella al cuarto oscuro. Fredy también quedó tocado por la factoría. En ese ambiente se le despertó la pasión por la fotografía y, tal como le pasó al 9, tendría su oportunidad como actor de cine. Fredy empezó a estudiar camarografía y cuando el 9 se vinculó a Reuters, lo recomendó como su reemplazo en *El Mundo*. Así se convirtió en reportero gráfico y siguiendo la estela encorvada de su mentor, años después Fredy sería el segundo joven salido de un barrio obrero de Bello que daría el salto a las grandes ligas de una agencia internacional de noticias. Por recomendación de su amigo, también fue contratado por Reuters.

El 9 y Fredy harían una pareja memorable de secuestradores, Chócolo y Gurre, en la película *Apocalípsur*, de Javier Mejía, grabada entre 2001 v 2002 v estrenada en el Festival de Cine de Cartagena en 2007, en el que ganó el India Catalina a mejor película colombiana.

—De una pensé en el 9 para hacer

de Chócolo. Lo había visto en Alexandra Pomaluna y me sorprendió, porque era un sicario con una sensibilidad diferente. Llegó al casting con Fredy y parecían un chiste. Yo quería jugar con dos personajes torpes que caen a ese mundo de la delincuencia sin habilidades ni mucho vuelo intelectual —dice Javier.

-Yo trabajaba en El Mundo y me había dado cuenta de lo difícil que era ser reportero gráfico. Estaba agotado. El rodaje fue como unas vacaciones. El 9 se pasó regañándome; porque me gustaba la maquilladora, porque no decía las cosas como él quería —dice Fredy.

-Eran como Pernito y Tuerquita, dos payasos, pero bandidos. Se hacían bromas y se salían del libreto, pero funcionaban muy bien, porque se les sentía la compinchería —dice Javier.

La película comienza con un texto que dice: "Entre los años 1989 y 1992 fueron asesinadas en Medellín más de 25 mil personas... Algunos jóvenes llamaron a estos años el Apocalípsur", y cuenta la historia de cuatro amigos de clase media que recuerdan sus vivencias de esa época con el Flaco, quien por amenazas emigra a Inglaterra. Una de esas vivencias ocurre cuando Chócolo y Gurre secuestran a Caliche y lo meten en una mazmorra en el patio de una casa vieja donde tienen encerrado al Flaco.

-El rodaje de la caleta era muy difícil, siempre de noche, pero fue muy divertido. En los ensayos, el 9 le decía torombolo a Fredy y eso no estaba en el guión, le salía así, pero a Fredy no le gustaba —dice Javier.

—No le digás torombolo —le decía Javier al 9.

—¿Pero cuando rodemos sí le puedo decir? —le decía el 9.

-Cuando rodemos sí, pero en el ensayo no le digás nada.

—Diciéndome torombolo me hacía quedar mal. Cada vez que había un corte, yo pedía maquillaje y al 9 le daba rabia. Yo le decía: ¿a vos no te gusta que te acaricien la cara o qué? —recuerda Fredy.

La secuencia del secuestro es un flashback de unos veinte minutos y muestra con ironía a dos personajes que Fredy y el 9 llevaban por dentro, que conocían de crianza.

La Mona seguía enseñándole trucos del oficio al 9. Veían fotografías solarizadas del fotógrafo estadounidense Man Ray en un libro y se metían al cuarto oscuro a tratar de obtener los mismos efectos.

—Prendé la luz, apagala, prendela —le indicaba la Mona. ©

### TODO TIEMPO PASADO FUE MEJOR

### por Juan Guillermo Valderrama Santamaría

· Ilustración de Señor ok

duardo es un septuage- cuatro, a los otros los mató la gripa, la los mismos que le entregaba a la vieja nario hermoso, de origen campesino, a quien me le he robado infinidad de istorias sin darle crédito y ni siquiera pedirle su autorización. Es un contador de historias en vía de tan cierto, porque en ese tiempo la genextinción, de aquellos que las cuentan te se moría hasta de mal de ojo, y no ha- a preguntar por temor a ser recriminaporque no saben escribirlas. Es el únibía vacunas para nada. Es más, yo probé co personaje, junto con Consuelo, que, a gallina cuando el Ñato, un perro que te- tas sobraban, todo iba encajando a la estas alturas del partido, me hace regre- níamos, apareció en el rancho con una sar a mis raíces.

Su piel, aporreada por miles de soles, chones de gris, a quedarse despoblada.

Debido a esas decisiones que tomamos y que otros denominan destino, Eduardo pasó gran parte de su vida manteca en la casa. ¡Pobre mi hermanisentado en la silla de una mula, de las ta, cómo sufrió! de dieciocho llantas. Hace ya algunos años se jubiló.

tienda de Jaime, el lugar que Eduardo jas quebradas encima del esterillado de va, se fue derechito al atrio de la iglemejor conoce, donde se siente importante, y más gente se congrega para oírle un duende, pero con zapatos de plomo. sus historias. Aquella mañana, de igual El piso era de tierra amarilla y, a ve- vos militar: mi cabo, se presenta ante usmanera, se encontraba allí, entre des- ces, cuando llovía muy duro, se converplazados, desempleados, holgazanes y jubilados, un grupo superior a diez. Al tiempo que leían el Q'hubo, trataban de arreglar el país, tomaban café o cerveza, fumaban y, viendo la vida pasar, aprove- con pantalla de caña brava, los huequichaban para, con disimulo, mirar a las tos dejaban pasar una luz azul, igualita bieran a la volqueta, cosa que hicieron muchachas vestidas de cuadritos. Llego, saludo, me acomodo contra la pared, si- que era Dios mirándonos, así que ni mallas ya no quedan, pido mi café. Espero los pensamientos podíamos tener. Reque alguna pregunta, o recuerdo, abra zábamos el rosario, menos mi apá, una en Eduardo la bitácora de historias que tazada de aguapanela y a dormir. Los con un grito: si en ese volco caben veinguarda en su cabeza como un viejo marinero. Que nos lleve a navegar en su galeón por esos mares que solo él conoce.

pabilar, se calentó la discusión cuan- cos que dormían en cama eran Carmelido alguien mencionó que La Violencia na y el Ñato, si se les puede llamar cama entre liberales y conservadores, tras la a unas cajas de madera que ponía boca muerte del caudillo Jorge Eliécer Gaiabajo, al lado del fogón, para calentarse, tán, no fue tan brutal como la que sufride esas en las que antes venían las ceruno de los soldados que iba con nosotros esos malparidos. mos hoy debido al narcotráfico. Eduardo vezas. La pobre, por la noche, armaba la dijo: vamos para el batallón de Santa se enfureció. La sangre hervía en su gar- cama y en la mañana la tenía que desarganta. Los ojos le comenzaron a saltar. mar. Y cuando se acababa la leña los dos Las orejas se tornaron rojas. Apretó los se quedaban sin cama. labios para mantener la compostura, se remangó los puños, se aflojó el cinturón, sacó la peinilla del bolsillo de la camisa, se dio tres pasadas, la guardó, hizo silencio y luego inició su discurso.

"Nunca, y repito, nunca, la violencia de ahora es peor que la de antes, ini comparación! Es parecido a esos que afirman que todo tiempo pasado fue mejor, esa es otra mentira y peor que la pri- ba, era mejor mascar caucho, le quedaba mera, la más grande que he escuchado en mi vida. La gente de antes, por muy platuda que fuera, no tenía ni en qué gastársela y mucho menos gozaba de las comodidades que se tienen ahora.

Mi apá era un peón de finca que no tenía en qué caerse muerto, preñó a mi amá doce veces, sin contar los abortos. Yo fui el menor, por eso fue que me pusieron Benjamín Eduardo. Sobrevivimos diarios. Me ganaba unos cuantos pesos, dados, gritando desde las ventanas, se ner el privilegio de cargar el equipo de

polio, la fiebre amarilla, el sarampión, la tapetusa, el hambre, las brujas y los yerbateros. ¡¿Los médicos!? Los médicos, aún no habían llegado al pueblo. Y eso de que sobraba la comida no era desgañotada en el hocico.

De los cuatro, la más estudiada fue y su anisada garganta por igual número mi hermana Carmelina, que terminó con cincuenta de estatura. Cabeza gran- en la familia; la seguí yo, que llegué hastenía que venirse para Medellín, y noso-Ojos inquietos, nariz y boca pequeña, tros, ¿con qué plata? Por eso, Ramiro, donde resalta el canino superior izquier- Antonio y yo éramos pegaos al culo de do, único vestigio de lo que en otrora mi apá, desmalezando y ordeñando, en fueran 32. Quizás por eso se carcajea la finca de don Arturo, un viejo hidepucon la mirada, en tanto apretuja la boca. ta, más apretado que tuerca de submarino. No regalaba una gota de leche, nos la teníamos que robar. Y Carmelina de

Al llegar a Aranjuez, me dirijo a la el techo era un rompecabezas de tetía en un barrizal. Pero en las noches de verano, que eran bien poquitas, por los roticos se podían ver la luna y las estrea la de los cines, y mi amá nos aseguraba varones dormíamos tirados en el suelo, encima de unas esteras que tejían Carmelina y mi amá; los viejos, en un catre, En lo que se enfriaba mi café, un es- encima de un colchón de paja. Los úni-

Eso sí era pobreza, la única vez que se comía carne en mi casa era cuando a mi apá le pagaban y subía del pueblo borracho, con una botella de tapetusa en una mano y, en la otra, dos o tres kilitos de chinchurria. Mi amá la dejaba remojando con limón, la ponía a cocinar, y a la paila con manteca, ieso era un manjar! Pero si ese pedazo de ñervo se enfriaa uno la boca como recién revocada con arena y cemento. Como ni crema ni cepillo había, nos tocaba lavarnos las muelas con la ceniza del fogón y este dedo.

Cuando cumplí los dieciséis, me revelé y no volví a ayudarle a mi apá en la finca, me fui a trabajar a la terminal de Yarumal, alistando los camiones de escalera, que salían para Medellín, dos

para ayudar en algo con la casa. Ella, todas las mañanas, me empacaba un pedazo de panela y otro de queso, que, ahora que lo pienso, tal vez fueron los que me tumbaron las muelas".

Todos reíamos, pero nadie se atrevía do por interrumpir. Además, las pregunperfección. Había drama, terror, humor suspenso. Era una novela completa que, en una esquina de barrio, alguien nos contaba sin cobrarnos un peso. Hasde lunas envuelven su repolludo metro quinto de primaria y eso ya era un logro ta Jaime, el tendero, se había olvidado del dicho: "El que tenga tienda...". Cuande y redonda, se resiste, con escasos me- ta segundo. El que quisiera estudiar más do las carcajadas pararon, Benjamín Eduardo, prosiguió.

"Un domingo, a la salida de misa de diez, llegó al pueblo una volqueta con un pelotón del ejército reclutando personal. La mayoría de los muchachos que estaban en la plaza se escondieron donde pudieron, pero a otros los agarraron corriendo, debajo de los carros y subidos hasta en los árboles del parque. En cambio, Benjamín Eduardo, como toda Vivíamos en un rancho de esa mis- su puta vida ha sido un regalado, soltó el ma finca. Las paredes eran de tapias, cepillo con que embetunaba las llantas de un camión, y solito, como una güecaña brava. Era como si arriba viviera sia, donde estaba el cabo. Se puso firme, su mano derecha en la sien, y le dijo con ted el civil Benjamín Eduardo Gómez Jaramillo. iSería un honor para mí poder servirle a mi patria y al ejército nacional de la república de Colombia! ¡Ajúa! Y sin llas. Era como tener un televisor, pero darme las gracias siquiera, ese malparido les ordenó a dos soldados que me sude la misma forma que se sube un novillo cuando va para el matadero. Desde arriba alguien reclamó: aquí no cabe minutos para que se sequen, reclamás gente, a lo que el cabo respondió te soldados con sus equipos, caben doscientos hideputas, así que patrás. Solo fue escucharlo y ese platón quedó con mostrador, todavía a culo pelao. Nos enmás del doble del espacio que tenía antregaban un morral; de unos bultos sates de montarme.

pipicito en la casa? ¡Aquí a esas nalgui-

tas sí les va a cambiar de color! Miraba

con rabia, pero más rabia me dio cuando

vi la ropa que traíamos puesta, arruma-

fogata de algodón, cuero y caucho.

da en mitad del patio, ardiendo en una

deputazos. Llegó otro malparido seña-

lando un caspete y gruñendo: veinte

men implementos y se hagan rasurar

la cabeza, cabrones, que con ese pele-

ro se parecen a las putas del pueblo. To-

dos corrimos, hicimos fila detrás de un

caban pares de botas, amarradas con un

cordón, y nos las tiraban. Que pase el

otro, decían, mientras se reían con mali-

cia. No paraban de burlarse de nosotros,

dientes, una gorra, dos toallas, dos sába-

nas y una almohada con su funda, ah, y

betún, que, aunque ustedes no lo crean,

en dieciséis años, era la primera vez que

me calzaba. Cuando me puse las botas

parecía una gallina caminando en un

pantanero. Aparte de que me quedaban

grandes, eran de tallas distintas. Des-

pués las cambié con un compañero. iY

ustedes dicen que era mejor antes! ¿Me-

mos bandera en la cancha del batallón.

Como a los dos meses del recluta-

jor? iLas pelotas!

El caso es que ese morral traía de

Todo lo medían en minutos y en hi-

El caso fue que arrancamos carretera arriba, yo ni sabía para dónde nos llevaban, nunca había salido del pueblo, pero Rosa de Osos. Santa Rosa, por esos días, todo, cosas que yo nunca había tenido: era uno de los pueblos más peligrosos de correa, ropa, medias, crema y cepillo de Antioquia. En Yarumal decían que allá las armas las cargaban el ejército y la policía, pero la que disparaba era la iglesia, atrincherada en el púlpito, desde allá ordenaba quién vivía o no en ese pueblo. Pensé, bueno, al menos estoy de parte de Dios y de la milicia. Recordé a mi amá, recé un padre nuestro y me santigüé.

Cuando llegamos al batallón nos bajamos de esa volqueta como cucarachas de panadería, cuál más empolvado, parecíamos albinos. Dieron la orden de empelotarnos y meternos debajo de miento, entrenados y equipados con unos chorros. iEn cinco minutos los todo lo que necesita un soldado, juraquiero a todos bañados! iCabrones! Y en cuatro ya estábamos todos bañados. Nos Carmelina y mi amá estaban orgullometíamos hasta de a cinco en un cho- sas en la tribuna, viéndome jurar banrro. ¡Qué hideputa agua más helada! La dera, junto con las otras familias. Un de la finca era caliente al lado de esa, y teniente, con carita de monjita de la caeso que era tirada con totuma. Los sol- ridad, nos dijo: el recluta que quiera te-

dé un paso al frente. Miré a mi amá, ella hizo un gesto con la cabeza que yo interpreté como: dé un paso al frente mijito. Y no sé, porque no lo puedo asegurar, si mi pie derecho dio un paso al frente o si mis compañeros de escuadra lo dieron atrás. Pensé, otra vez, el regalado de Benjamín Eduardo haciendo obras de caridad. Aunque también me dije, ¿qué tal y cargar ese aparato traiga algún privilegio, como lo dijo mi teniente? Él cambió su carita de monja y puso la de siempre, la de hideputa, y ordenó traerlo. Dos soldados aparecieron cargando ese armatoste, parecía una torre de esas de computador, con la única diferencia de que esta pesaba como cincuenta kilos y me tocaba cargarla a mí solito, amarrada con un arnés a la espalda. Además del equipo de campaña en a Carmelina aplaudiendo orgullosas, y yo, en medio de la cancha, muerto de rabia, parecía borracho, bamboleándome con cada paso que daba. Después me enteré de que, como el alcance de esa caja de cemento era tan bajo, para poder comunicarse con alguien había que trepar a un cerro donde lograr señal. Detrás iba otro regalao, dándole manivela al teléfono, como si fuera una máquina de moler maíz y diciendo: Cóndor dos, Cóndor dos... vip-vip-vip, Cóndor dos, Cóndor dos... vip-vip-vip, que era la cla-

Las carcajadas y los aplausos eran espontáneos. Eduardo no daba tiempo ni para respirar, encadenaba una historia con otra, al tiempo que se subía el pantalón y las mangas de la camisa. Jaime tuvo la osadía de interrumpirlo: "iPero lo

ve para contactar con el batallón".

de almuerzo y vos sin poder terminar...". lo veneraban. Íbamos a completar dos Eduardo lo mandó callar con un apunte

que al tendero pareció no gustarle. "Vea, mijito, usted puede saber mucho de vender arroz, papas, aceite, yuca y de todas esas güevonadas con que usted engaña a la gente, pero aquí el que rido radio de la espalda! Cuatro comsabe de la vida soy yo, y a mis años no me quedarán futuros con que soñar, pero sí pasados con que vivir y hacérse- ta se fue a cagar detrás de un matorral. los vivir a todos ustedes, parranda de Si se demoró dos minutos fue mucho, güevoncitos, para que la vida no me los apareció gritando, como si se hubieaporree de a mucho. Además, de futuros ra encontrado al demonio en bola: imi nadie vive. iBueno, bueno!, para no alargar más la cosa voy a terminar, que este muerto, un muerto, mi sargento, un señor ya me hizo enojar".

Yo traté de mediar pidiéndole otra cerveza, pero en vez de quedar bien, que-

dé más regañado que el pobre tendero. "iGracias, lambón! El caso es que el pecho. Como si fuera poco, esos pu- un día mi sargento Asprilla, un negro tos radios tenían una antena que, ele- del Chocó, nos despertó, según él, a gatillados, fuimos a mirar y era cierto, suelto el misterio del decapitado. Pues, vada al máximo, media más de treinta los veinte soldados más experimentametros. Miré a la tribuna, vi a mi amá y dos del batallón, para una misión es- sentado, con los dedos de las manos enpecial. Lo especial era ir al caserío de Mina Vieja, encontrar y traer al inspector de Yarumal y a dos policías. Los tres fueron a realizar el arresto de Ramón Barbera. Don Ramón era el hombre más rico de toda esa región y el jefe de los chusmeros. En Yarumal decían que la policía violó a su mujer y a sus dos hijas y después las mató con el corte de franela, solo porque él era liberal. Desde ahí se metió en la chusma y juró vengarse de la misma manera. Casi todos, por allá, queríamos a don Ramón, pero no lo podíamos decir, pues los curas desde el púlpito ofrecían salvación para quien lo denunciara y ex- za y no la pudimos encontrar. Unos decomunión para quien lo escondiera, lo mismo hacían las fuerzas armadas, pero con carteles en puertas y paredes, ofreciendo dinero y plomo. Ese señor

días en el monte, buscándolos por cielo y tierra, pero ni rastros de ninguno. Al llegar a una quebrada, mi sargento ordenó descansar. iDi gracias a Dios cuando me bajé el morral y ese malpapañeros se quedaron de centinelas. El resto nos empelotamos y al agua. Zapasargento, un muerto, un muerto, un muerto! Agarramos los fierros y nos atrincheramos, mi sargento trató de

calmarlo, le preguntó lo que había pasado y, gagueando, respondió que un muerto estaba detrás del rastrojo.

había un cuerpo recostado a un árbol, trelazados en el estómago, un sombrero grande de paja, vestido de traje, corbata y zapatos negros. No se le veía una gota de sangre, ni en su ropa ni alrededores; parecía dormido o borrachito, como si viniera de una fiesta. Mi sargento se acercó, con mucho respeto le quitó el sombrero, iy qué hideputa susto tan malparido, no tenía cabeza! Todos nos santiguamos y mi sargento de nuevo le puso el sombrero. Y nos pusimos a rezarle un padre nuestro. Yo le recé como tres.

Después nos dio la orden de vestirnos en silencio y dejar todo como estaba. Buscamos más de dos horas la cabecían que estaba en la quebrada, que la enterraron, los otros, que se la habían llevado las fieras, en fin. Mientras nos calzábamos, nos ordenó cargar con que discutíamos era de La Violencia, no se convirtió en un héroe, sobre todo el muerto en una camilla improvisada

para regresarnos al pueblo. Menos mal a mí no me tocó cargar con ese muerto, ya bastante tenía con el muerto que llevaba

a la espalda. Descargamos al finado en la morgue, ahí los muertos se habían vuelto pan de cada día, llegaban tantos que decían que los matarifes trabajaban de día en el matadero y por la noche en el anfiteatro. Sin embargo, este era un muerto especial, un descabezado. Además, su esposa reconoció el sombrero, no había dudas, era el inspector, esa era la ropa con que salió para Mina Vieja. Pero lo que tenía asombrado a todo el pueblo, aparte de que llegó sin cabeza, era la pulcritud; no tenía una sola gota de sangre en su cuerpo, como si lo hubieran bañado.

Al otro día, a los de la comisión, nos dieron descanso y una remuneración; casi todos nos fuimos para el pueblo. An-Todavía descalzos, con los fusiles en- tes de llegar al parque ya teníamos resegún las chismosas y la morgue, al muerto le habían sacado los pulmones, el corazón, los riñones, las tripas, el estómago y todas esas cosas que uno tiene por dentro, y le metieron la cabeza, después, le cosieron la barriga con alambre".

> El único que hablaba además de Eduardo era el vetusto radio de la tienda que anunciaba que del día ya nos habíamos gastado la mitad. Luego enmudeció por la algarabía de los niños de la escuela, que entraban y salían de la tienda, con sus manos y bocas llenas de dulces y colores y sus bolsillos vacíos de monedas.

> El colmillo de Eduardo sonrió. La correa volvió a su sitio, se bajó las mangas de la camisa, sacó la peinilla, se acomodó el pelo, se acarició la barriga, miró a Jaime v, a manera de reto, le dijo:

> "Jaimito, ahora sí, vámonos a almorzar que ya me están sonando las tripas y a mí cuando me da hambre me



### NADIA ARRIBA

UN POEMA DE LAURA VICTORIA NAVAS

La novia de mi hermano cinco veces su exnovia me ha dicho de mujer a mujer que tiende hacia él.

La cuarta vez, se mudan ella, un pastor alemán y un gato tuerto al apartamento de arriba aquí, su casualidad. Unas onces de nuevas vecinas su versión de cada asunto té de jamaica, él no se tiene que enterar.

Se entera. Se dan la siguiente oportunidad se ponen de familia clásica y me asignan: la tía Laura una copia de las llaves paseadora del perro, mucama del gato acudiente por devoción. Las patas de los muebles la bicicleta cuando la trepan por las escaleras la nueva consola de ella para cambiar de profesión y ser DJ las peleas, los gemidos de madrugada tapones en los oídos una hermana no debe saber si su hermano folla bien.

La quinta vez, él la deja, se cortan. Me pide que baje sus cosas una silla giratoria de oficina la misma bicicleta supuestas herramientas de construcción más relieve en mi piso. Y arriba ninguno come. Les explico a los animales en español, a ella le dejo una bolsa de agua caliente sopas en la nevera.

Hasta que va dejando de contestar. Hoy el perro ya salió hoy el perro no está se fueron el perro y el gato de paseo. La exnovia me dice que mi hermano no puede verlos más su castigo. No se arriesga a la lealtad de una hermana.

De madrugada, cuando ella sale a ser DJ el perro aúlla largo me huele ambos me huelen a través del techo, menos de dos metros pensarán que no quiero tocarlos y el español nunca basta mi voz será peor golpecitos con los nudillos en la pared alguna clave.



omo si fueran plano y contraplano de la misma secuencia, cuatro días después de la muerte de David Lynch, ocurrida el 15 de enero de 2025, Víctor Gaviria cumplió 70 años. Aunque no era la primera vez que esos polos opuestos coincidían, ya que dos de sus películas, Wild at heart y Rodrigo D, compitieron por la Palma de Oro en Cannes durante la edición de 1990, donde resultó injustamente ganadora la de Lynch.

Aparte de Ramiro Meneses, a Cannes no pudo asistir ninguno de los otros protagonistas de Rodrigo D, todos habían sido asesinados v Wilson Blandón, alias el Alacrán, que sería borrado del mapa en octubre de ese año, no fue porque tenía una orden de captura, entonces Víctor llevó al coguionista, Ramón Correa, quien, faltando una semana para el rodaje, atracó un granero en Manrique Oriental y quedó por fuera del elenco, los tombos le echaron mano en Policlínica, donde fue a parar con su compinche, al que le habían pegado un tiro en el vientre y otro en el pulmón, Ramón no lo quiso delatar y le dieron 36 meses de cárcel en Bellavista, por hurto calificado y lesiones personales, corría octubre de 1986, año que inauguraría el homicidio como principal causa de muerte en Medellín.

Durante su estancia en Bellavista Ramón le remitió un sinfín de cartas a Víctor Gaviria, en una de las primeras se lee esta frase: "Sé que están rodando Rodrigo D, cuánto añoro ese nombre". Y es que Ramón había llegado a Rodrigo D de rebote, luego de ver un aviso de prensa en el que se solicitaban actores de su edad, 16 años, para una serie de televisión juvenil llamada *Décimo Grado*. ¿Por qué le habrá interesado esa convocatoria si uno de sus rasgos distintivos era no ver televisión? El casting tendría lugar en Tiempos Modernos, la productora de Víctor Gaviria, al que acudirían más de trescientos aspirantes: "Nos hicieron pasar a un salón y empezaron a interrogarnos acerca de las experiencias del colegio". Ramón superaría el casting en el primer intento, pero la serie, finalmente, no sería rodada en Medellín, sino en Bogotá, por Cenpro, una productora rola: "El programa no se hizo y estos manes como que se olvidaron de nosotros. No, ni mucho menos, pa nada, cuando a los dos meses, ¿sabe qué?, llaman de Tiempos Modernos para que pase por allá y lleve a otros dos parceritos". Uno de los dos parceritos era Ramiro Meneses. ¿Para qué los necesitaban? "Nos ganamos un concurso de guion en Focine y vamos a hacer una película titulada Rodrigo D".

La conexión entre Ramón y Víctor sería instantánea, gracias a esta coincidencia significativa: ambos provenían del mismo pueblo, Liborina. Precisamente después de un viaje que hicieron juntos a Liborina, en el que Ramón pasó una noche en la cárcel por fumar ditos como coguionista, para alegrarlo mariguana en público, comenzaron los con la idea de que su huella sí estaensayos grabados de la película, donde ba en la película, de una manera efec-Ramón opacó a todos los demás, intertiva y profunda". La mala: "Tumbaron pretándose a él mismo, un jíbaro de San Blas que vende diablitos en los colegios del sector y que concibe el mundo alrededor de una palabra recién nacida en Medellín: "botado", o sea algo fácil de hacer, cuando el contexto es robar o matar. Por eso el sentido de la película inicia con esta frase: "Mirá esa moto tan botada, no tener un fierro pa robármela", dicha por el actor natural que reemplazó a Ramón, esto es, Jeyson Idrian Gallego, alias el Trapia, el del *El pelaíto* que no duró nada, y la réplica de Rodrigo es inolvidable: "Botado estás vos, es-

toy yo y estamos todos". Luego de pasar veintiocho meses en Bellavista, donde era conocido como Ramón el Caspetero, porque montó un caspete en el patio de reseña, en el que también vendía diablitos y mo-

# Ramón Correa: coguionista de Rodrigo D

por Juan Fernando Ramírez Arango



Collage hecho por Ramiro Meneses.







Ramón Correa. Fotos tomadas de *El Espectador*. 27 de enero de 1991, Archivo U. de A.

la cárcel de Fredonia, le restaban ocho recortada. Yo no pude celebrar la invitameses de condena: "Aquí todo bien en esta nueva cárcel. El desayuno arepa con pan, comestible, no aguamasa como en Bellavista".

En todo ese tiempo tras las rejas, como si estuviera tachando los días en la pared, Ramón no dejaría de escribir ni una sola noche en su diario personal, que estaba codificado así por ser el único testigo de su vida delictiva: las letras a, e, i, o, u, r, t, n, p y q eran sustituidas por los números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 0. Un código muy primitivo que escondía algo más revelador que un prontuario juvenil, esto es, una larga serie de poemas que parecían hechos por un generador de caracteres sintonizado en Metrallo: "Llegué y me tiré a la celda / más perdiparceros / que mataron en estos días y me llené de tedio / en esas llegó Calidad que tampoco le vino la visita / y lo mandé por tres cosos para calmar la ironía".

Semanas después de escribir esos versos libres, el primero que lo visitó en la cárcel de Fredonia fue Víctor Gaviria, para comunicarle una buena y una mala noticia. La buena: "Le dije que su nombre, Ramón Correa, estaba en los créal Burrito". El Burrito, Leonardo Fabio Sánchez, es el actor natural que, en la secuencia del Temprano, fiel a su alias, confunde una cuarta con una cuadra, y también el que sugirió que le añadieran al cinéfilo título Rodrigo D la máxima del punk: "No futuro".

Una vez en libertad, de vuelta en la lleca, Ramón consiguió camello en una cafetería de Prado, cuyo nombre negaba el título de la película: "Mi futuro". Además, participó en Yo te tumbo, tú me tumbas, documental para la ZDF de Alemania sobre los pistolocos de *Rodrigo D* que seguían vivos. Posteriormente, vino la invitación a Cannes, el 27 de marzo de 1990, el mismo día que fue asesinado Carlos Mario Restrepo, la Rata Mona, el actor natural que interpreta a Adolfo, el cuñado de Rodrigo: "Le pegaron

ción a Cannes. Me encerré en la casa a llorar". Faltaban 45 días para el estreno.

Ramón aterrizó en Cannes a última hora, cuando Ramiro Meneses y Víctor Gaviria ya estaban allá, se fue patrocinado por una agencia de viajes y con de la iglesia del barrio, mientras esperadoscientos dólares en el bolsillo, dona- ba a Derly, su novia: "Vuelven los pillos, dos por un mecenas anónimo. Tras el tres, amparándose en el tibio atardecer: aplaudido estreno de la película, Ramón estuvo muy nervioso en la rueda de prensa, aunque una de sus respuestas sería reproducida dos días más tarde, el 14 de mayo de 1990, en un artículo de la revista Time titulado "Lights! Camera! Murder!": "Pablo Escobar started off robbing cars, just like me, then became the boss of it all. He's our role model".

Terminada la rueda de prensa, Rado que un hijo de puta / pensaba en los món se desentendió del resto del festival y se fue a realizar en las calles de Cannes la palabra que mejor lo estereotipaba, como recordó Ramiro Meneses en un artículo titulado "Cannes fue una rueda de Chicago", publicado el 27 de enero de 1991 por *El Espectador*: "Al hombre le parecía que todo estaba botado, que era como un basurero reciclable de donde él podía agarrar chaquetas menor, Sandro, al que más quería y cuiy relojes, y motos y carros porque los de- daba Ramón por ser el único bachiller jaban sin seguro".

regalos y muy flaco, no le había gustado la gastronomía francesa y se había cansado de comer pan, queso y vino: "Estos franceses no saben cocinar, les voy a traer a mi cucha pa que les enseñe". Llegó donde la cucha y retomó de una su placita de vicio, sin dejar de reunirse frecuentemente con Víctor Gaviria: "Nos manteníamos juntos, pensando en argumentos para películas". Hasta que un día apareció con el cuento de que lo iban a matar: "No sé por qué Ramón nunca pudo indicarnos de dónde venían sus temores. Tal vez alguien cercano a sus enemigos se los anunciaba y se los mantenía frescos".

Ese cuento de muerte sin victimarios reconocibles, la psicosis de Metrallo, finalizaría el 8 de enero de 1991, cuando apenas arrancaba el que sería el año más violento de la historia de esa necrópolis, con 7081 homicidios. Eran las vía armas blancas, sería trasladado a varios tiros en la cara con una escopeta dos y pico de la tarde y Ramón había

acabado de terminar un poema, escrito con una máquina portátil naranjada que le había regalado Víctor Gaviria. En el poema narraba cómo se les había escapado a tres atracadores quince días antes, el 26 de diciembre de 1990, afuera sabe qué, parcero, quítese la chaqueta...". Entonces Ramón salió a la acera a estirar las piernas y, como si el poema hubiera quedado en puntos suspensivos, vio que dos desconocidos preguntaban algo en la casa de Derly: "¿Los reconoció? ¿Intuyó de pronto que habían venido por él? Ramón les dio la espalda y se dirigió lo más rápido posible hacia la puerta de su casa, de un salto que lo debería salvar, pero los dos hombres reaccionaron y lo asesinaron a tiros por la espalda". Tenía 20 abriles.

**Posdata 1:** En Yo te tumbo, tú me tumbas, Ramón dice lo siguiente: "Uno se muere, pero la guerra no". Frase que se convertiría en el epitafio de su familia, ya que sus dos hermanos serían asesinados meses más tarde, primero el de los tres, lo mataron cuando fue a ver Ramón volvió a Metrallo cargado de una casa para alquilar en Aranjuez, y al mayor, Nelson, lo tiraron al piso las milicias populares de Bello.

Posdata 2: El 19 de febrero de 2004, en el discurso de aceptación del doctorado honoris causa de comunicador y periodista otorgado por la U. de A., Víctor Gaviria mencionó a Ramón: "Yo sonreía al escuchar a mi amigo Ramón Correa, guionista de Rodrigo D y poeta adolescente que murió a los 20 años, dejando como recuerdo docenas de cuadernos de diario salpicados de poemas...". Nueve años antes, en 1995, como si le estuviera sacando los restos a Ramón simbólicamente, Víctor hizo una selección de esos poemas y resultaron ganadores de la Beca de Poesía de Colcultura: "Yo ya no sé si llegará primero el sol o la penumbra / yo ya no creo ni en mí mismo / todo me trampió".

Posdata 3: Esta fue la última anotación de Ramón en su diario, la del largo adiós: "Suerte recolector de mi vida". ©

# TEATRO PRADO PRADO EL MUSEO DE MEDELLÍN



CARRERA 45D #59 - 01

Escanea este QR para conocer la programación:

